

# EL CORREO DE ULTRAMAR

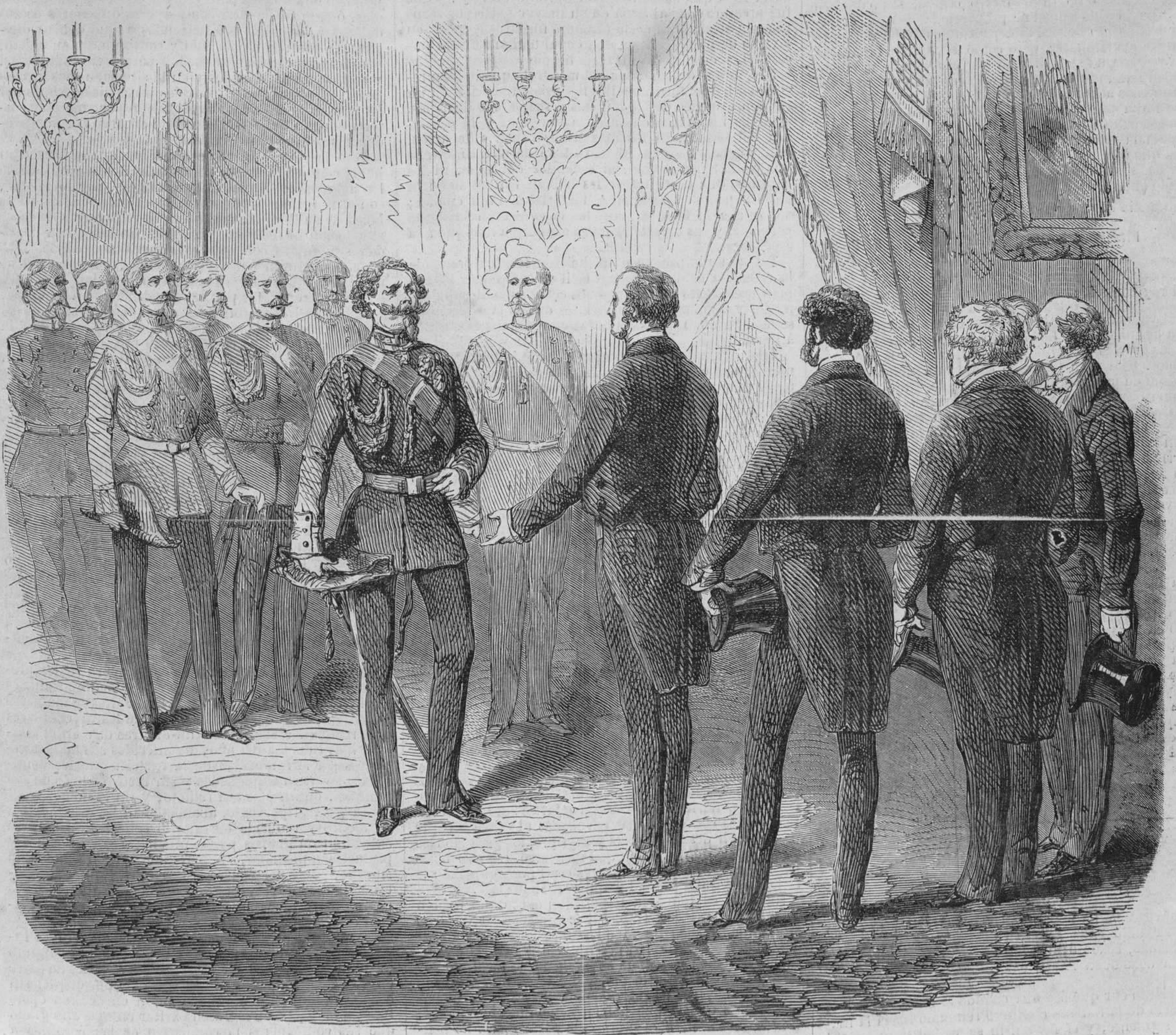
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 353.



RECEPCION DE LA DIPUTACION TOSCANA POR EL REY VICTOR MANUEL EN TURIN.



## SUMARIO.

**Recepcion de la diputacion toscana por el rey Victor Manuel en Turin;** grabado. — **Un viaje redondo.** — **Revista de Paris;** grabados. — **Roma;** grabado. — **El Saboyano.** — **El retrato — Doloretas.** — **El principado de Monaco;** grabados. — **Discursos leidos ante la real Academia española.** — **Boletín científico.** — **Los franceses en Niza;** grabado. — **La villa de Castello cerca de Florencia;** grabado.

**Recepcion de la diputacion toscana**

POR EL REY VICTOR MANUEL EN TURIN.

La diputacion toscana encargada de presentar al rey Victor Manuel el voto de la Asamblea relativo á la reunion del ducado al Piemonte, llegó el 2 de setiembre á Génova, donde fué recibida por una diputacion que el gobierno sardo envió á su encuentro, en medio de las mas vivas aclamaciones. La diputacion toscana se componia del conde Ugolino, por Florencia, el conde Rorghesi, por Siena, el doctor Raschi, por Pisa, el profesor Giorgini, por Arezzo, y el banquero Adami, por Liorna. El dia 3 presentó al rey en Turin el siguiente mensaje:

«Señor: Un voto unánime de la Asamblea nacional, intérprete fiel de los sentimientos de un pueblo entero, ha declarado la voluntad solemne de la Toscana de formar parte de un reino italiano bajo el cetro constitucional de V. M. El gobierno de la Toscana, encargado de implorar de la benevolencia de V. M. una acogida favorable para este voto, ha aceptado esta última misión con la alegría que da el cumplimiento de un gran deber, cuando es al mismo tiempo la satisfaccion de un deseo largo y ardentísimo.

Señor, si este homenaje de confianza y adhesion del pueblo toscano no tuviera otro objeto, si no debiese tener mas efecto que el de proporcionar á V. M. el engrandecimiento del Estado, podriamos dudar del éxito de nuestras súplicas; pero como el voto de la Asamblea toscana ha sido dictado por el amor de la nacionalidad italiana y se propone la grandeza y prosperidad comun, nos alienta la esperanza de que el pensamiento de la Italia prevalecerá en vuestra alma generosa sobre otro cualquiera, y que V. M. se dignara dar á la Toscana la alegría de su augusta aquiescencia á los votos que con tanta efusion, reconocimiento y fe han expresado sus legítimos representantes á la faz del mundo entero.

Florencia 31 de agosto de 1859.

Firmado: B. RICASOLI, C. CIDOLFI, E. POGGI, R. BASSACA, V. SALVAGNOLI, P. DE CAVERO, C. BIANCHI. »

El rey contestó:

«El voto de la Asamblea toscana cuyos intérpretes sois cerca de mí, me ha llenado de profunda gratitud. Os doy las gracias y juntamente conmigo os la dan mis pueblos. Este voto lo recibo como una manifestacion solemne de la voluntad del pueblo toscano, que haciendo cesar en esta tierra no há mucho madre de la civilizacion moderna los últimos vestigios de la dominacion extranjera, desea contribuir á la constitucion de un reino fuerte que ponga á la Italia en posicion de ocurrir á la defensa de su independencia.

La Asamblea toscana ha comprendido esta vez, y con ella comprenderá la Italia entera, que la realizacion de este voto no podrá efectuarse sino por medio de las negociaciones que tendrán lugar para la organizacion de los asuntos italianos.

Secundando vuestros deseos y apoyado en los derechos que me confiere vuestro voto, defenderé la causa de la Toscana ante las potencias en quienes la Asamblea ha fundado con gran cordura sus esperanzas, y sobre todo cerca del generoso emperador de los franceses que tanto ha hecho por la causa italiana.

«Espero que la Europa no se negará á realizar respecto de la Toscana la obra reparadora que en circunstancias menos propicias realizó en favor de la Grecia, la Bélgica y los principados de Moldavia y Valaquia. Señores, en estos últimos tiempos vuestro noble pais ha dado un ejemplo admirable de moderacion y concordia.

«A estas virtudes que la escuela de la desgracia ha enseñado á la Italia, añadireis, estoy cierto de ello, la que sabe vencer las pruebas mas árduas y asegurar el triunfo de las empresas justas, la perseverancia.»

**Un viaje redondo.**

VI.

LA FORTUNA ES UN BUQUE TAN LIGERO, QUE SI NO CRUZA EL APAREJO PARA ESPERAR CAPEANDO A SUS PERSECUIDORES, POCOS Ó NINGUNO DE LOS QUE CORREN TRAS ELLA CONSIGUEN DARLE CAZA.

El viento sur que sopla cuando el *Pelayo* entró en el puerto de la Habana continuó reinando hasta la mañana siguiente, y el bergantin se vió en la necesidad

de permanecer fondeado por espacio de quince horas á las inmediaciones del Morro.

Por la tarde, y pocos momentos despues de haberse retirado la falua de la sanidad y de haberizado el buque el pabellon nacional, que habia tenido hasta entonces á media asta, con motivo de las dos muertes ocurridas durante el viaje, se presentó al costado una lancha del puerto en que iban algunos amigos y dependientes del señor Miranda, con el objeto de llevar á este en su compañía, y evitar que pasase á bordo y tan mezquinamente alojado, una noche mas.

El comerciante no quiso dejar el buque sin llevarse á Casimiro, cuya inteligencia y buenas prendas le habian cautivado, y de cuya suerte se encargó desde entonces, admitiéndole en el número de sus dependientes.

Deseoso tambien de hacer extensiva su proteccion á Primarino, cuyos conocimientos náuticos y excelentes disposiciones para el mando de un buque habia tenido ocasion de apreciar, le ofreció la plaza de capitán en una hermosa corbeta de 400 toneladas que acababa de construir, y que la destinaba á navegar entre la Habana, Santander y las ciudades libres de Alemania, poniéndole así en estado, no solo de hacer fortuna, sino de estar tambien mas á la mira de su sobrino.

Grande fué el júbilo con que Casimiro y el piloto acogieron las generosas ofertas del señor Miranda, y el fervor con que bendijeron á la Providencia por haberles presentado un protector tan á propósito para labrar la suerte de entrambos.

Dijimos que nuestro héroe abandone el *Pelayo* para instalarse en uno de los mejores establecimientos de ropas de la calle de la Muralla, y mientras se ocupa en escribir á su cariñosa madre, noticiándola su feliz arribo á la capital de la isla de Cuba y la buena colocacion que el cielo le habia deparado, dediquemos exclusivamente este artículo á sus compañeros de viaje, que creian estar tocando ya el término de sus trabajos y de sus sufrimientos.

Los pasajeros de proa se aprovecharon del tiempo que permaneció anclado el bergantin para despojarse de la ropa que habian vestido durante el viaje, y que fué preciso echar al agua en su mayor parte por razones que alcanzarán perfectamente nuestros lectores, en lavarse de pies á cabeza, de lo cual tenian sobrada necesidad, y en ponerse un traje limpio.

Ninguno se acordaba ya del mal trato que habian recibido á bordo. Sus juveniles fantasías se mecian en un pié ago inmenso de halagüeñas y seductoras ilusiones. ¿Qué les importaba entonces la estrechez y la oscuridad del sollado, ni los mezquinos ranchos de arroz, habichuela y lacalao, ni la tintura de palo campeche que podía tener el vino, ni la fetidez del agua, ni los chicotes, que tanto terror les habian infundido en su larga y penosa travesía? Allí estaba la gran ciudad; allí estaba la fortuna; allí los esperaba un brillante porvenir, y sus corazones no se abrian ya mas que á la esperanza.

Tal era su impaciencia por hallarse frente á frente de la valedosa beldad, que tan fácil de conquistar les habian presentado en Asturias los celosos agentes del armador y algunos amigos ociosos de sus familias, que se les figuraban siglos las horas que tardaban en saltar á tierra.

Aprovechando el *Pelayo* el relente de la mañana y la marea, metió á bordo el ancla á la salida del sol, desplegó de nuevo sus velas y cruzó casi en popa la bahía.

El puerto de la Habana, uno de los mas hermosos, seguros, capaces y concurridos del mundo, estaba cubierto de buques que ostentaban las banderas nacionales de todos los Estados conocidos, y que acudian á cargar el aromático tabaco, el azúcar, la miel, el aguardiente de caña, el café, la cera, la canela, y las hermosas maderas de construccion y ebanistería, despues de haber provisto los almacenes de la ciudad de los productos naturales y de los artefactos de sus respectivas naciones.

La bahía presentaba entonces una animacion extraordinaria, un movimiento que ningun otro pueblo comercial ha llegado á alcanzar; y ante el magnífico y sorprendente espectáculo que se presentaba á su vista, los pasajeros del *Pelayo* la atravesaron en toda su extension sin apercebirse de ello, hasta que el bergantin cargó sus velas y atracó á uno de los muelles.

Media hora despues todos se hallaban sobre cubierta, aseados y vestidos con las mejores prendas que tenian en sus equipajes, y dispuestos á saltar en tierra.

Sus familias se habian esmerado en proveerlos, dentro de lo que sus facultades lo permitian, y algunas á costa de grandes sacrificios, de ropas nuevas, tanto exteriores como interiores, hechas al estilo del pais y muy propias para el clima que habian abandonado, y que los calores y demás accidentes atmosféricos de la isla de Cuba les pondrian en el caso de dejarlas sin usar, sustituyéndolos con otras mas adecuadas al clima en que iban á vivir desde entonces y mas propias para la clase de trabajo á que tendrian que dedicarse. Los sacrificios hechos al efecto por sus padres eran por lo mismo sacrificios perdidos ó que les aprovechaban poco.

Nunca el capitán y la tripulacion del buque habian estado con chos tan afables y complacientes como lo estaban aquel dia; los ranchos eran variados y abundantes desde que habian descubierta las costas americanas; la racion de gallina se habia aumentado, no faltaba el vino ni un solo dia, y hasta se habia echado mano de las pipas de reserva para darles agua meves conompida que la que habian bebido hasta entonces.

Los niños se olvidan pronto del pasado para no pensar mas que en el presente, y los capitanes de los bu-

ques dedicados al pasaje entre ambos hemisferios conocen demasiado esta cualidad inherente á los pocos años para que dejen de abusar de ella, cuidando de borrar, en cuatro dias de solitud y de agasajo, la impresion que havan podido producir en sus pasajeros mes y medio de maltrato.

Por este medio consiguen los armadores que no se produzcan quejas, y no es extraño que los buques sigan ofreciendo aun las pocas comodidades y el mal servicio que hallaron en el *Pelayo* los 140 pasajeros de proa que condujo desde Gijón á la Habana.

Aquel mismo dia saltaron en tierra unos veinte de aquellos niños que contaban en la ciudad con parientes ó otras personas interesadas en su colocacion, y que fueron á buscarles al mismo buque.

Habia entre los que quedaban á bordo un número próximamente igual, provistos de buenas cartas de recomendacion que se apresuraron á entregar.

Algunos de estos niños hallaron desde luego muy buena acogida por parte de las personas á quienes iban recomendados, que los admitieron en sus tiendas ó les proporcionaron colocacion entre sus relaciones, si no pertenecian al comercio; los restantes regresaron al buque, tristes y cabizbajos, porque ni aun una remota esperanza de acomodo les habian dejado entrever sus recomendados, habiéndoles recibido además con una frialdad y una indiferencia extremadas.

Habia tambien otros, entre aquellas criaturas, que fiadas en parientes y recomendaciones que traian para comerciantes establecidos en Matanzas, Cienfuegos, Trinidad, Santiago y algunas otras poblaciones del litoral ó del interior, mas ó menos distantes de la capital; y figurándose sin duda que la isla de Cuba podía recorrerse del uno al otro confin en medio dia, esperaban que llegasen al buque aquella misma tarde sus protectores, sin calcular los infelices que antes que tuviesen noticia del arribo del bergantin á la Habana y pasasen á recogerlos, caso de que lo hiciesen, debian pasarse algunos dias.

Aquellos á quienes la prevision de sus familias habia provisto de recursos para esperar en la ciudad algunos dias, ó para trasladarse con mayores ó menores comodidades á los pueblos ó haciendas á que debian dirigirse, lo pasaron menos mal y consiguieron su objeto; pero los mas carecian de medios para vivir cuatro dias, y se vieron abandonados y en la situacion mas angustiosa. Algunos fueron recogidos pocos dias despues por las personas en quienes confiaban, ó por amigos y corresponsales á quienes dieron este encargo por no abandonar sus casas y sus negocios.

Pero la mayor parte de los niños que el bergantin habia conducido, fiados en las halagüeñas promesas de los agentes del armador, y contando, por lo mismo, con que serian ventajosamente colocados á las pocas horas de su llegada, no habian llevado cartas de recomendacion ni recursos, y se hallaban casi en su totalidad sin dinero con que cubrir sus necesidades mas urgentes, ni aun por un par de dias, á no vender sus modestos equipajes, cuyas prendas tenian allí muy poco ó ningun valor por ser impropias para el clima.

Estos infelices vieron pasar aquel dia, y otros y otros, sin que nadie se presentase á buscarlos, sin que la tantas veces ofrecida colocacion se presentase. El capitán del buque, á quien con este motivo interpeaban, se reía de sus quejas, y hasta los despedía á chicotazos si le molestaban con insistencia, haciendo así mas angustiosa su triste situacion.

El primer dia, y aun el segundo, se les dió á bordo el mismo trato que durante el viaje, aunque suprimiendo el vino por completo, con motivo, segun la tripulacion les aseguraba, de ser muy perjudicial para el calor. Al tercero se les privó del rancho de la mañana, y se les intimó la orden de buscar quien los mantuviese desde el siguiente dia, porque el *Pelayo* no podía soportar ya tanto gasto, y hacia de mas con permitirles que se recogiesen al sollado durante algunas noches.

Al pagar en Gijón su pasaje les habian ofrecido, no una, sino repetidas veces, tenerlos á bordo y mantenerlos hasta que hallasen colocacion; y con esta seguridad ¿para qué llevar dinero, cuando la mayor parte de sus familias eran pobres y hacian sacrificios superiores á sus escasos recursos para pagarles el pasaje y habilitarles de ropa?

Ante la realidad, que tan desconsoladora se les presentaba, fueron desapareciendo rápidamente las dulces ilusiones que alimentara su fantasia. Faltos de manjares nutritivos, abrasados por la fuerza de los rayos solares que recibian casi á plomo un dia tras otro en la estacion mas calorosa del año, desfallecidos sus débiles espíritus por la intensidad de la tristeza que los dominaba al verse abandonados y sin recursos lejos de sus familias, en un pais tan remoto, y sin la menor esperanza para el porvenir, abandonaban los desgraciados su oscuro y reducido dormitorio con la aurora, y se extendian en grupos por el muelle, y por las calles y plazuelas inmediatas, en particular por la calle de la Muralla, plaza del Vapor y cañada del Monte, alimentándose de frutas; y algunos de ellos tan extenuados por las privaciones, que mas que seres vivientes parecian espíritus salvados de la tumba.

Desde el mar pobre bodegon hasta la tienda mas lujosa, no quedaba en la Habana establecimiento alguno en que no entrasen á pedir colocacion, y varios de entre ellos, bien porque daban muestra de tener disposicion é inteligencia, bien porque llegaban en ocasion oportuna, ó bien porque lograban excitar en mas alto grado que sus compañeros la compasion de las personas á quienes se dirigian, consiguieron por este medio, si no



colocarse bien por de pronto, salir al menos de la angustiosa situación en que se encontraban, hallando una cama y una ración bastante á mantenerlos en cambio de un trabajo mas ó menos penoso.

Eran pocos sin embargo los que alcanzaban esta dicha, y se comprende fácilmente el porqué.

La mayor parte de los niños que pasan de España á las colonias deseosos de hacer fortuna, carecen por lo general de instrucción; algunos no han aprendido á leer y menos á escribir; pocos hay que sepan hacerlo con soltura ó que posean la forma de letra y la agilidad que en el comercio se requiere; son menos aun los que adquieren conocimientos de aritmética y contabilidad mercantil, y apenas va uno que conozca medianamente alguna de las lenguas vivas de Europa, ni se haya dedicado á aprender un arte ni un oficio cualquiera con que ganarse la vida. Muchos dejan el arado al tomar el camino del puerto; los mas salen de la escuela de instrucción primaria para embarcarse, y no faltan algunos que llegan á la isla de Cuba con grandes esperanzas y no conocen las letras del alfabeto.

¿Cómo es posible que encuentren allí colocación, á no tener personas que se interesen muy de veras en su suerte, niños ó jóvenes de poca edad que no sirven sino para dedicarse por de pronto á trabajos mecánicos que solo exijan una fuerza material, mejor ó peor empleada, y que ni para este caso cuentan con el desarrollo ni la robustez conveniente?

La fatal creencia que abrigan nuestros pueblos del litoral y aun del interior, de que basta pisar el territorio americano para hacer fortuna, y la convicción que abrigan las gentes ignorantes sobre lo inútiles que son la ciencia y el saber para enriquecerse, han causado, están causando y seguirán causando desgraciadamente por muchos años aun víctimas sin cuento.

Las personas que arrastradas por un interés mezquino contribuyen á mantener viva la primera, son unos verdaderos criminales contra los cuales se pronunciarían los hombres honrados, poniendo de manifiesto las artes de que se valen para conseguir su objeto, y neutralizando, por cuantos medios pudieran haber á las manos, el influjo de sus trabajos, si examinaran una sola vez el cuadro desgarrador que presentan los centenares de jóvenes y niños que pupulan por las calles de la Habana muertos de hambre y cubiertos de miseria á los pocos dias de haber arribado al puerto.

Y gracias que los habitantes de nuestras Antillas poseen en muy alto grado la virtud de la caridad y de la filantropía, porque si se viesen en un país menos hospitalario, la mayor parte de aquellas tiernas é infelices criaturas sucumbirían víctimas de la crueldad de su suerte, á impulso de los rigores del clima y de las terribles privaciones por que se ven obligados á pasar.

A los cuatro ó cinco dias de haber atracado al muelle el bergantin *Pelayo*, se presentaron á bordo algunos hacendados de las inmediaciones de la Habana para escoger entre los pasajeros desacomodados los que mejor podían servirles para los trabajos de sus posesiones, y se colocaron por este medio hasta unos veinte de aquellos desgraciados.

Desesperados ya de obtener colocación en los establecimientos de la ciudad, acogieron con júbilo las proposiciones que los hacendados les ofrecían. Los mas ágiles y robustos entraron ganando de tres á cuatro pesos al mes; pero los restantes se comprometieron á servir por solo la comida y la ropa durante un tiempo determinado, que no bajaba de dos ó tres años.

Las faenas á que debían entregarse en el campo eran penosas y violentas, mucho mas para jóvenes apenas formados aun y criados en un clima templado, tan distinto del clima en que acababan de entrar.

De modo que aun suponiendo que sus amos fuesen personas de buena conciencia y amasen á sus semejantes, como lo hacen por lo general los hacendados de nuestras colonias; aun cuando los tratasen y alimentasen regularmente y no explotasen sus fuerzas obligándolos á trabajar mas de lo que de ellos podia exigirse razonablemente sin menoscabo de su salud; su situación era muy inferior á la que tendrían en España al lado de sus familias.

Pero entre la miseria que veían á todas horas delante de sus ojos, entre la carencia absoluta de medios de subsistencia, entre recorrer andrajosos y hambrientos las calles y plazas de la ciudad implorando la caridad pública, y una colocación en que se les ofrecía alimento y cama en que descansar de sus fatigas, la elección no era por cierto muy dudosa, y no se necesitaron grandes esfuerzos para decidirlos.

Al par que los hacendados, se presentaron tambien á bordo y sobre el muelle con el mismo objeto algunos dueños de tabaquerías, que son menos escrupulosos que los primeros tocante á la robustez de los pasajeros que escogen, y que les obligan á comprometerse, por medio de contratos formales, á servir en sus establecimientos durante cuatro años por solo la comida y la ropa, reducida esta última á una camisa y un pantalón de dril listado. Los niños que tienen buena disposición y pueden soportar la clase de trabajos á que se les somete, aprenden durante el tiempo de su empeño el oficio de cigarrero, con el cual se ganan despues la vida mas independientemente, aunque no con gran desahogo.

Quizás la esperanza de encontrar una colocación mas ventajosa habria retraído en los primeros dias á los pasajeros del *Pelayo* de admitir proposiciones tan poco conformes con el porvenir brillante que les habian hecho entrever; pero para efectuar estos tratos se espera siempre á que pasen algun tiempo desembarcados, á que

apuren hasta las heces la copa del sufrimiento y del desengaño, á que se persuadan en fin de que no hay para ellos otro recurso y admitan como un beneficio lo que pasados algunos meses, algunas semanas, algunos dias quizás, viene á causar su temprana muerte ó el aniquilamiento de sus fuerzas, débiles ya entonces.

Ocho dias hacia que el bergantin habia dado fondo en el puerto de la Habana, y ya se habian colocado, aunque á duras penas y del modo que acabamos de ver, las tres cuartas partes próximamente de los pasajeros que habia conducido á su bordo; pero quedaban aun unos treinta que menos aptos y robustos que sus camaradas, ó quizás menos afortunados, no habian encontrado quienes quisiesen admitir sus servicios, ni aun por la comida.

Los escasos recursos de que les habian provisto sus familias se fueron agotando por completo; las prendas todas de sus reducidos equipajes pasaron una tras otra á manos extrañas por la vigésima parte y aun menos de su valor, para atender con su importe á la mas apremiante de las necesidades á que la humanidad se halla sometida; el buque, puesto á la carga el sexto dia de su llegada, habia concluido por negarles el auxilio nocturno que les ponía á cubierto de la intemperie, y se hallaron por fin los infelices en medio de aquella populosa ciudad sin el menor conocimiento, sin medios para comprar un pedazo de pan, sin un asilo en que pasar la noche, sucias y desgarradas las pocas prendas de ropa que cubrían sus carnes, y en un estado en fin el mas lastimoso que imaginarse puede.

Aquellas criaturas sin ventura recorrían á todas horas la población expuestas á los abrasadores rayos del sol ó á las influencias del relente nocturno, tanto ó mas perjudiciales que aquellos; se acercaban á las fondas, á las bodegas y á los bodegones ofreciéndose á fregar los platos, á limpiar las vasijas y á barrer los establecimientos porque les diesen un miserable alimento y les permitiesen pasar la noche á cubierto de la intemperie.

Los dependientes de las tiendas, algunos de los cuales se habrían hallado quizás en la misma situación que aquellos infelices, les daban algunas limosnas, partían á menudo con ellos sus comidas, y hasta les permitían dormir en el establecimiento cuando los hallaban á deshora tendidos en las calles.

Y así se fueron pasando dias y dias, viviendo á expensas de la caridad pública, sin que su triste suerte mejorase en lo mas mínimo.

La mayor parte de aquellos infelices, no siendo bastante fuertes para sufrir con resignación todo el peso de su infortunio, yacían al cabo de dos semanas en los lechos de un hospital, y algunos bajaron al sepulcro, sin otra enfermedad que su miseria y una pasión de ánimo que les era imposible dominar.

Los que de entre ellos tuvieron robustez bastante para soportar las privaciones de todo género á que se veían expuestos y para sobreponerse á los rigores del clima, se fueron por fin acomodando en las bodegas y bodegones por un miserable salario.

Esta clase de establecimientos, en los cuales solo en situaciones desesperadas como la de aquellos niños se puede entrar á servir, son por mas de un motivo los peores á que podían dirigirse, porque les cerraban totalmente ó con rarísimas excepciones las puertas del porvenir. ¿Quién hubiera dicho á los que durante la navegación y en los primeros dias de su estancia en la Habana acariciaban la idea de un porvenir risueño y brillantísimo, que se verían precisados á servir con la sonrisa en los labios, por mas que sus corazones estuviesen desgarrados, á los negros y demás gentes de color que son casi exclusivamente las únicas que acuden á comprar y á comer y beber en aquellos establecimientos, situados los mas extramuros?

Apenas habian pasado seis meses despues de la llegada del *Pelayo*, y ya no existían de todos sus pasajeros mas que unos cuarenta; los demás habian sucumbido á impulsos de las privaciones, de un trabajo muy superior á sus fuerzas, de los excesos á que algunos se habian entregado, de las influencias de un clima tan distinto del clima de su país, y sobre todo del vómito ó fiebre amarilla.

Esta enfermedad endémica, que acomete tarde ó temprano y con mayor ó menor intensidad á cuantos europeos pisan por primera vez el suelo de nuestras colonias de América, arrebatada anualmente el treinta por ciento cuando menos de los niños que pasan á las Antillas con ánimo de hallar fortuna; y si bien los estragos que causa no son en el dia, gracias á los adelantos de las ciencias médicas y á las lecciones de la experiencia, tan terribles como lo eran en otro tiempo, sobre todo cuando las personas atacadas no carecen de recursos para combatir el mal, y no faltan á su lado personas amigas que les presten con tierna solicitud los auxilios y los cuidados que tan peligrosa enfermedad exige, se ceba horriblemente en los desgraciados que, como la mayor parte de los pasajeros del *Pelayo* y de los que antes y despues de ellos se encontraron en la misma situación, carecen de aquellos recursos y de aquellos cuidados.

De los que habian sobrevivido solo unos doce se hallaban colocados en establecimientos de alguna importancia mercantil; y no llegarían á cuatro los que, despues de diez y seis ó veinte años de afanes y trabajo sin limites, regresaron á su país natal con una fortuna de veinte á veinte y cinco mil pesos, ganados á fuerza de fatigas constantes, de una extremada sujeción, de una conducta muy ejemplar y favorecidos además por la suerte de una manera marcadísima.

Los restantes ó regresaron á España como habian sa-

lido, ó arrastraron en la isla de Cuba una vida miserable, ganando el sustento diario con el sudor diario tambien de sus frentes, como hubieran podido hacerlo en su patria sin haber pasado por tantas penalidades, ni por tantas privaciones, ni por tantos peligros.

Esta es la suerte que encuentran en nuestras posesiones del mar Caribe tantos y tantos infelices niños como abandonan su país y sus familias para correr á ciegas tras la veleidosa fortuna.

Nuestros lectores comprenderán que no es una suerte muy envidiable, y convendrán con nosotros en que prestaría un señalado servicio á su patria y á la humanidad en general el que lograse desarraigar de nuestras provincias del Norte y del Noroeste la inveterada costumbre de mandar á las Américas tanto niño desgraciado como sale anualmente de nuestros puertos, arrancando otros tantos brazos útiles al comercio, á la industria, á la agricultura y á las artes, y la funesta creencia en que están sus sencillos habitantes de que basta llegar á cualquiera población del Nuevo Mundo para hacerse un hombre poderoso en media docena de años, como si la plata y el oro estuviesen amontonados en las calles á merced del primero que se le antoje recogerlos.

Tanto allí como aquí, como en otra cualquiera parte del globo, el que no contando con mas capital que su inteligencia y su trabajo y sin recurrir á medios vedados, se propone reunir una suma bastante á pasar con ella durante la vejez una existencia cómoda y descansada, necesita primero contar con el apoyo y la cooperación de la caprichosa fortuna, tener despues aptitud suficiente para la empresa, y afanarse por fin sin descanso por espacio de muchos años en el logro de su objeto.

Los capitales verdaderamente fabulosos que se hacían en otro tiempo en América pertenecen ya á la historia.

En el dia, mandar á las colonias un niño sin instrucción y sin contar allí con una persona que se interese muy de veras en su suerte, es poco menos que mandar á la tumba.

Y si se hubiese cuidado de llevar una estadística en que apareciese la suerte y las vicisitudes por que ha pasado el infinito número de españoles que se trasladaron al otro hemisferio con objeto de buscar su suerte de dos siglos á esta parte, sus resultados horrorizarían seguramente, sin que bastasen á disminuir en lo mas mínimo su terrible elocuencia un centenar de fortunas adquiridas por otros tantos de nuestros compatriotas en tan largo periodo.

BALDOMERO MENENDEZ.

## Revista de París.

Un acontecimiento inaudito ha tenido lugar esta semana en París, conmoviendo los ánimos de esta gran población de tal manera, que durante unos dias ha sido el objeto de todas las conversaciones y el asunto principal de que se han ocupado todos los periódicos grandes y pequeños. Vamos á dar cuenta aquí de este hecho misterioso y dramático, utilizando para ello los pormenores mas exactos que han visto la luz en los diarios judiciales.

El viernes último á eso de las dos de la tarde un ama de cría se paseaba por el jardín de Tullerías con un niño de mes y medio en los brazos, hijo de M. Hua, suplente de un tribunal de primera instancia de París.

Estando en el paseo, una mujer de unos veinte y seis años se llegó á la nodriza y la dijo que ella era hermana de la señora de Hua, pero que por motivos particulares no la veía con tanta frecuencia como deseaba. Despues entró en detalles minuciosos que parecían indicar que conocía intimamente á toda la familia, y á todo esto cubría de caricias al niño llamándole su sobrinito.

Por último, manifestó que la señora de Hua la encargó que tomara en una tienda de lencería de la calle de Rivoli, número 12, unos encajes que ella habia comprado el dia anterior y cuyo precio se elevaba á 500 francos.

— Estoy muy cansada, añadió la desconocida, y me haría Vd. mucho favor si quisiera Vd. ir á tomar los encajes á la tienda: yo descansaré un poco en este banco con mi sobrinito, y cuando vuelva Vd. iremos juntas á ver á mi hermana.

La nodriza sin la menor desconfianza aceptó la proposición, mientras la desconocida se sentó en un banco entre otras personas, y marchó á cumplir con el encargo.

Al salir del jardín por la calle de Castiglioni preguntó al centinela por qué parte se encontraba el número 12 de la calle de Rivoli, y el centinela pensando que la numeración de la calle empezaba en la plaza de la Concordia, le indicó esa dirección, que ella tomó inmediatamente.

En el camino vió una tienda de encajes, y creyendo seria la que la habian indicado, entró y dijo, confundido de un modo singular, que iba de parte de Mme C... á buscar unos encajes que esta señora habia comprado y pagado.

En la tienda la respondieron que se engañaba; que madame C..., á quien conocían, nada habia comprado allí hacia diez años, y que podria cerciorarse de ello pasando á su domicilio en la misma calle.

La nodriza, antes de ir á la indicada casa, volvió al jardín para pedir mas informes á la desconocida, pero en vano la buscó; esta habia desaparecido con el niño.

Al punto corrió á casa de sus amos, contó lo que acababa de suceder, y al oír decir que era preciso advertir al instante á M. Couchy, abuelo del niño, añadió que la desconocida le





TEATRO DE LA PORTE-SAINT-MARTIN. — *La Jeunesse de Louis XI*, 2º acto,

había dicho se llamaba Mme Stern y que vivía en la calle de la Paix, núm. 12.

En seguida salió para ver si la encontraba con el niño, y no volvió sino al cabo de algunas horas, manifestando con

una especie de agitación febril que no había podido hallar ni á la mujer ni al niño, y que nadie en la casa indicada los había visto.

Durante este tiempo M. Hua dió parte del rapto a la justi-

cia y á la policía. En su consecuencia se comenzaron las investigaciones, y muy luego se supo que la nodriza no se había presentado en la casa número 12 de la calle de la Paix, donde además no conocían á ninguna mujer con el nombre



TEATRO DE LA GAITE. — *Les Pirates de la savane*.



de Stern. La inexactitud de la declaración de la nodriza produjo su arresto inmediato.

No hay para que decir cuál sería el desconsuelo. M. Hua hizo público al siguiente día el robo de su hijo por medio de la prensa, y ofreció 10,000 francos de recompensa al que se le entregara en su casa, calle de Jacob, número 50, sano y salvo.

Aquí comienza una serie de incidentes que prueban unos el interés que muchas personas se tomaban por la desolada familia, y otros ¡triste es decirlo! las culpables miras de especulación que despertó en algunos esta desgracia.

M. Hua recibió una carta en que le prometían entregarle á su hijo mediante la suma de 5,000 francos.

«Ponga Vd. bajo un sobre cinco billetes de 1,000 francos, decía la carta, dirigidos á M..., en tal sitio, posta restante.»

Y para determinar á M. Hua, prometían darle antes del envío de su dinero indicaciones precisas sobre el lugar en donde se encontraba el niño.

M. Hua respondió en los periódicos que aceptaba la proposición de esta carta.

Al mismo tiempo recibía otra con el sello de la Porte-Guyon, dando una indicación exacta del lugar en donde hallarían al niño; pero esta no parecía estar escrita como la anterior por un caballero de industria.

«No me mueve ninguna idea de interés personal, decía el anónimo; pero si deseo que una vez que recoja Vd. al niño, entregue Vd. los 10,000 francos que ha prometido á una de las comunidades religiosas de mujeres que existen en Paris.»

Las cartas de personas desinteresadas dando consejos llovían en casa de M. Hua durante estos días de mortales angustias.

Todas las somnambulas y todos los magnetizadores de Paris se presentaron pidiendo un objeto cualquiera del niño para descubrir su paradero; solo en un día llamaron veinte y tres á la puerta de M. Hua, todos con la pretensión de hacer un descubrimiento que tanto importaba á la familia.

Felizmente los esfuerzos de la policía hicieron inútiles en esta ocasión los prodigios del somnambulismo.

El comisario central de la policía de Orleans, M. Juhel, informó á M. Hua por el telégrafo que había encontrado al niño y á la mujer que lo había robado.

Hé aquí cómo:

Supo M. Juhel que habían llevado á casa de la mujer llamada Rigault, domiciliada en Orleans y que tenía en su casa niños de pecho, una criatura que le había sido entregada por una jóven, sin que esta diera su nombre ni las señas de su casa. Anteriormente esta jóven había ido con otras dos mujeres á preguntar si la mujer Rigault querria encargarse de un niño de dos meses, y como su respuesta fué afirmativa, quedaron en volver dentro de algunos días.

M. Juhel pasó



La señora GUEYMARD-LAUTERS, de la Academia imperial de música.



Homero y Julietta, 2º acto. — Señoras Vestvali y Gueymard-Lauters.

inmediatamente á la morada de la mujer Rigault, reconoció el niño por las señas que se habían dado de él en los periódicos, y avisó á su padre.

Este contestó por el telégrafo: «Llegaré esta tarde á las seis á Orleans: que tengan cuidado con el niño.»

A esa hora M. Hua con una criada estaban en Orleans y recogían el niño.

Fácil es imaginarse el júbilo del padre en aquel momento; tomó á su hijo en sus brazos, le cubrió de besos, y después de haber dado las gracias mas ardientes al comisario de policía, se apresuró á volver á Paris con el objeto de todos sus cuidados.

Hallado el niño, era preciso descubrir á la mujer que había cometido el rapto.

Al cabo de un día de minuciosas investigaciones, M. Juhel supo que dos mujeres, una jóven y la otra de mas edad, habían recorrido algunos días las cercanías de Orleans buscando una nodriza para un niño de algunos meses. Siguiéndolas la pista las hallaron. Son madre é hija, y se llaman Chereau de apellido. La que robó el niño tiene por nombre Leonie, y apenas ha cumplido diez y ocho años, si bien por su corpulencia y robustez representa mas de veinte y cuatro; así se explica el error sobre este punto en la declaración de la nodriza del niño de M. Hua.

Las dos culpables se hallan ya en Paris á disposición de la justicia.

Naturalmente lo primero que ahora se pregunta todo el mundo es cuál ha podido ser el objeto de Leonie para robar la criatura. Nada se sabe aun ni se sabrá hasta que se vea la causa; pero según los rumores que circulan, Leonie Chereau

da la siguiente explicación de su delito:

Parece ser que en Orleans y en Paris la jóven Leonie Chereau estuvo en relaciones con un jóven de una buena familia con quien tenía esperanzas de casarse.

Posteriormente, Leonie para obtener la realización de una promesa que dice la había sido hecha, fingió un embarazo y luego un parto, noticiándolo todo á su amante. Ahora bien para presentar un niño á su futuro en el caso en que este hubiera ido á Orleans, había venido á Paris á robar uno.

Hasta aquí lo que se supone ha dicho Leonie; pero ¿y la declaración de la nodriza? Leonie, según esta, sabía que aquel era el niño de M. Hua y sabía muchas particularidades de la familia; en suma, quería robar no un niño cualquiera, sino el hijo de M. Hua: ¿qué misterio hay en esto?

Quizá, dice un diario judicial, quien miente en este punto es la nodriza para excusar su ligereza imperdonable de haber dejado el niño en poder de una desconocida.

Solo de la justicia podemos ya esperar las revelaciones verdicas sobre este lance cuando haya llegado el momento oportuno.

Un postrer episodio señalaremos



para concluir con esta historia. — Cuando se supo en París que M. Hua había podido recobrar su hijo, su casa estuvo sitiada todo el día por una muchedumbre simpática que preguntaba con ansiedad noticias de la criatura.

Veíanse entre la multitud algunas jóvenes madres que llevaban en brazos ó de la mano á sus niños, y acudían á felicitar á otra madre joven también que habían compadecido tanto en sus angustias. Estas señales de afecto sincero y espontáneo han debido ser bien gratas para la familia. M. Hua ha dado las gracias por medio de la prensa á todas las personas que se han interesado en su desgracia y han participado después del gozo sin igual que le causó el hallazgo de su hijo.

En su día diremos la sentencia que recaiga en la causa sobre este delito que se está instruyendo activamente.

Hemos anunciado á nuestros lectores que los teatros de París preparaban grandes novedades para la entrada del otoño, y con efecto ya se representan actualmente algunas de ellas. En el teatro de la Porte Saint-Martin se acaba de estrenar un drama en cinco actos y en verso de M. J. Lacroix, titulado *la Jeunesse de Louis XI*.

No es la primera vez que este personaje aparece en la escena francesa: Casimiro Delavigne ha popularizado ese tipo híbrido de la grandeza y de la astucia real en su drama titulado *Luis el Onceno*, que corre traducido en todas las lenguas.

M. J. Lacroix ha tomado al héroe en su juventud, y nos demuestra en gérmen en el niño la naturaleza perversa que más tarde hubo de desarrollarse en el verdugo de Plessis-les-Tours. En fin, si el autor se propuso completar la odiosa reputación de Luis XI imputándole crímenes en su juventud, no hay duda que lo ha conseguido.

Rebelde al yugo paterno é impaciente por subir al trono, el delfín conspira á mano armada contra Carlos VII de acuerdo con los señores del reino; pero esta rebelión se reprime y el rey perdona á su hijo. Hasta aquí la historia; la base de lo restante del drama es de pura ficción.

El rey de Francia que espera un delfín, interroga á los astrólogos, y estos le responden:

— En vez de un hijo que esperas, tendrás dos; pero tiembla, pues uno de esos hijos será parricida.

Carlos VII tiene que decidirse y elegir; pero desgraciadamente elige á aquel de los dos gemelos que había nacido para ser un buen hombre, le entrega á una persona de confianza con la idea poco paternal de no volverle á ver nunca, y se queda con el mal hijo, con el futuro Luis XI.

Sin embargo, el hijo abandonado de Carlos VII aparece en el mundo; pero por una fatalidad terrible se enamora de Margarita de Escocia, la mujer de su hermano.

Raoul es pues el rival del tirano en ciernes; este penetra el secreto, y advierte además que Carlos VII tiene ideas de reconocerle primero como su hijo y después como su heredero.

¿Qué hace con este enemigo inesperado que le disputa su mujer y su trono? — Le asesina; y cuando el rey le maldice por su crimen, responde friamente:

— He mandado matar al amante de mi mujer, sin acordarme de mi hermano.

Tal es el desenlace.

Si en este drama se echa de ver que el carácter principal no tiene una verdad rigurosa, en los restantes esta verdad existe. El Carlos VII de M. J. Lacroix está trazado admirablemente. Todo el mundo reconoce á aquel rey que después de los desastres de la invasión conoció que era preciso acabar con aquellos altos señores cuyas disensiones habían entregado la Francia á los ingleses; aquel rey que organizó el primer ejército regular en la nación sacando sus soldados del pueblo. Juana d'Arc le había convencido de que el valor reunido con el desinterés se encuentra únicamente en las clases populares.

La pieza está bien representada, y las decoraciones son de mucho efecto, como puede juzgarse por la del segundo acto.

En la Gaité se ha estrenado al mismo tiempo otro drama de grandes peripecias y golpes teatrales, de esos que vulgarmente se llaman de brocha gorda, titulado *los Piratas de la savane*, escrito por los señores A. Bourgeois y F. Dugué.

La acción pasa en Méjico, y figura en ella un mala cabeza llamado Ribeiro que quiere apoderarse de la herencia de la familia Morales, y que para lograr su propósito quiere hacer desaparecer á la mujer y á la hija del último Morales.

El crimen podría cometerse fácilmente si la madre y la hija no estuvieran protegidas por dos personajes desinteresados que se impusieron la laudable tarea de devolver á la infeliz familia la herencia que quieren arrebatarla.

De aquí provienen las complicaciones; de aquí escenas de asesinato y de incendio, persecuciones por las sabanas pobladas por la imaginación de los autores con los reptiles más venenosos que pueden inventarse. En medio de este movimiento y de estos cuadros que tienen en suspenso á los espectadores estremecidos hasta la medula de los huesos, se destaca siempre el personaje principal desempeñado por el actor Dumaine, que se halla dotado de todo el vigor que requieren esos papeles hercúleos.

La empresa de la Gaité se ha esmerado para poner en escena *los Piratas de la savane*; las decoraciones son dignas de elogio; el torrente, las ruinas, el gran boa, y los baños merecen la aprobación del público que acude en crecido número todas las noches á ese teatro.

En cuanto á *Romeo y Julieta*, nada añadiremos á lo que hemos dicho ya en nuestras revistas anteriores, sino que el buen éxito que obtuvo esta ópera en las primeras representaciones se va consolidando. Damos en la página precedente el retrato de la señora Gueymard Lauters, la cantatriz francesa más célebre que hay hoy en París, y la escena del acto segundo de *Romeo y Julieta*, en la que alcanza tantos aplausos con la Vestrali,

MARIANO URRABIETA.

## Roma.

Roma se halla situada sobre un terreno muy desigual. Tiene la forma de un cuadrado oblongo, y el Tiber la divide en dos partes; la más grande, edificada sobre la orilla izquierda de este río, es Roma propiamente dicho; la otra lleva el nombre de Trasterera. En su recinto actual de unas 15 millas, la parte habitada de Roma moderna se halla casi toda situada al Norte de la antigua, puesto que el Capitolio terminaba esta última al Norte, y que hasta cierto punto se puede considerar ese edificio como el límite de la población actual por el lado del Sur; con efecto, casi todo el espacio que se extiende al Mediodía del Capitolio está lleno de jardines, de viñedos, y hasta de tierra de labor; una gran parte de la ciudad moderna ocupa el antiguo Campo de Marte.

Ninguna ciudad antigua ni moderna ofrece reunidos en igual extensión tantos monumentos como esa capital; sin exageración puede decirse que considerada bajo ese punto de vista, así como también en punto á bellas-arte, Roma es la primera ciudad del mundo. Debe á los sumos pontífices el haber renacido de sus propias cenizas; desde mediados del siglo XV, los papas casi la han renovado; secundados por algunos hombres de genio, embellecieron su residencia con todo lo que la arquitectura, la escultura y la pintura pudieron imaginar. Hé aquí los monumentos antiguos y modernos más notables que las dimensiones de este artículo nos permiten señalar á la atención del lector, para la mejor inteligencia de la vista panorámica de Roma que damos en las dos páginas siguientes.

De las quince puertas que tiene Roma, la más septentrional, llamada *Puerta del Pueblo*, es la más hermosa; con sus ornatos anuncia el esplendor de la metrópoli.

Tres calles principales perfectamente alineadas se distinguen por su longitud y por los edificios que hay en ellas; las tres arrancan de la plaza del Pueblo; la del centro, llamada *la strada del Corso*, es la más frecuentada y la más larga; *la strada di Rapetta* toma á la derecha y conduce al punto del mismo nombre sobre el Tiber; por último, la del *Babuíno*, que está á la izquierda, desemboca en la plaza de España.

El inmenso palacio del Vaticano, edificado sobre la colina ó el monte de ese nombre, sirve á veces de residencia al papa durante el invierno; es sin duda el palacio más grande de Europa, pues cuenta 4,422 salas, aposentos ó galerías, y 22 patios. Se admiran en él los museos Pio Clementino y Chiaromonte, llenos de obras maestras de bellas artes antiguas y modernas, entre otras las salas pintadas por Rafael; la capilla Sixtina y la biblioteca, una de las principales que hay en Italia; por último debemos mencionar los dos jardines.

El Quirinal es otro palacio soberbio, residencia de los papas en el verano; el jardín del Quirinal tiene más de una milla de circunferencia, y es uno de los más hermosos de la Italia.

El Capitolio moderno se halla edificado no lejos del antiguo, sobre el plano trazado por Miguel Angel. — Entre la multitud de palacios que constituyen uno de los principales ornatos de Roma, hay más de sesenta que parecen regios; todos tienen grandes patios, pórticos interiores y hermosas fachadas á la calle.

Además los edificios que llevan el nombre de *villa*, son otros tantos palacios que se consideran como casas de campo, aunque se hallan casi todos en el recinto de la ciudad; la más notable por su hermosura y magnificencia es la *villa Borghese*. Estas casas, que quizá son en su género las mejores de Europa, pueden dar una idea de los lugares donde los Escipiones, los Luculos y tantos otros personajes ilustres iban á descansar de sus tareas; el gusto de aquellos hombres por la naturaleza embellecida parece ha pasado á sus descendientes. Las villas de Roma reúnen la elegancia á la sencillez; grandes cercados y bosquecillos de laureles las ponen al abrigo de los rigores del invierno, y conservan en ellas una verdura perpetua. En las que tienen mucha extensión hay prados para el ganado, lo que da el aspecto más pintoresco á la campiña de Roma.

Entre las 364 iglesias que tiene Roma, citaremos ante todas las de San Pedro, que es el templo más vasto y más hermoso que se ha construido hasta hoy, y cuya descripción vamos á hacer aquí con algún detenimiento.

Al pié de las colinas del Vaticano pagano, Neron había hecho construir un inmenso circo, donde el pueblo de la reina de las ciudades iba á saciarse en aquellos espectáculos que hacían la mitad de su existencia. *Panem et circenses*, que quiere decir pan y juegos del circo, tal era el abyecto materialismo de aquel pueblo degenerado, que se pavoneaba con el título de *pueblo rey*, y allí fué donde san Pedro, el príncipe de los apóstoles, fué crucificado con la cabeza hácia abajo porque no se consideraba digno de morir como su Divino Maestro. En el año 406 de la era cristiana el papa Anacleto, uno de los sucesores de san Pedro, elevó en aquel mismo sitio un modesto oratorio para guardar los restos del Príncipe de los apóstoles.

El 18 de noviembre de 325 se dedicó á Dios la nueva basílica bajo la invocación de san Pedro. El cuerpo de ese apóstol había sido exhumado y colocado por el papa en una urna de plata coronada con una cruz de oro que pesaba ciento cincuenta libras. En el punto céntrico del crucero se elevaba un altar rodeado de doce columnas que se cree pertenecieron al famoso templo de Salomón. El cuerpo del edificio presentaba cinco naves formadas por cuatro hileras de columnas.

La fachada principal tenía cinco puertas que daban salida á cada una de las naves, y después se practicaron algunas más en las extremidades laterales del crucero. Un gran número de papas sucesores de san Silvestre, embellecieron y enriquecieron ese venerable santuario donde se habían depositado un crecido número de reliquias de otros mártires. Los diferentes altares de esta basílica correspondían en magnificencia á la del altar principal; pero apresurémonos á llegar á la historia de la basílica actual que es lo que debe excitar la curiosidad de nuestros lectores.

Desde hace once siglos, gracias á infinitas restauraciones particulares, la iglesia fundada por el santo papa Silvestre I y el emperador Constantino, se hallaba en pié aunque amenazando ruina. Nicolás V, elegido papa en 1447, fué el primero que concibió el proyecto de una nueva construcción. Primero se demolió un edificio pagano que se hallaba detrás de la tribuna de San Pedro, y sobre ese terreno se edificó una vasta y majestuosa tribuna, sin tocar por el pronto al antiguo edificio, pero Nicolás murió y se suspendieron los trabajos. Calisto III y Pio II no se ocuparon de continuarlo, hasta que Pablo II hizo seguir el plan de Nicolás y gastó en la obra más de cinco mil escudos de oro. Algunos otros papas siguieron embelleciendo la antigua iglesia, estándole reservado al célebre pontífice Julio II el dar un impulso decisivo á ese gran proyecto. Este papa llamó á Roma á los más célebres arquitectos, y adoptó el plan de Lázaro Bramante que daba á la nueva basílica la forma de una cruz griega con tres naves; la fachada principal debía estar adornada con dos campanarios, y en el centro debía haber una inmensa cúpula rodeada de tres hileras de columnas, y sentada sobre cuatro pilares gigantes. El 18 de abril de 1506 el papa Julio II, á pesar de su avanzada edad, bajó á la profunda excavación donde debía ponerse la primera piedra de uno de esos pilares. Esta vez el trabajo se continuó con tal ardor que en poco tiempo uno de esos cuatro colosales se elevó hasta la cornisa destinada á soportar las cuatro galerías sobre las que debía apoyarse la cúpula; pero el papa murió en 1513 y el arquitecto en 1514, y la construcción se quedó nuevamente interrumpida.

La Providencia llamó al trono pontifical á Juan de Médicis bajo el nombre de Leon X. Este papa, apasionado á las bellas artes, confió la continuación de la obra á tres ilustres artistas San Gallo, Joconde de Verone y Rafael de Urbino; pero como la cámara apostólica falta de dinero no podía suministrar las sumas necesarias, el papa recurrió á la piedad de los fieles prometiendo indulgencias á los que contribuyeran con su peculio para esta magnífica empresa.

De este modo se pudo continuar la obra, combiándose la cruz griega en cruz latina, pero en 1520 Rafael rindió el último suspiro: Baltasar Peruzzi reemplazó al grande artista, y apenas había puesto sus manos en la obra cuando ocurrió en 1521 la muerte del papa Leon X. Mas apresurémonos á llegar á Sisto V, bajo cuya dominación concluyeron esta obra admirable Santiago de la Puerta y Domingo Fontana. El 13 de julio de 1588, ochocientos trabajadores principiaron la prodigiosa media naranja, y el 14 de mayo de 1590 ya se elevaba majestuosamente en los aires hasta la linterna.

En 1603, el cardenal Borghese elevado á la silla de San Pedro bajo el nombre de Pablo V, viendo que estaba terminada la parte superior de la basílica se ocupó de la construcción de la otra parte. — Una descripción un poco detallada de este suntuoso monumento podrá dar una idea á los lectores poco familiarizados con esa maravilla de la arquitectura.

Lo primero que se presenta á la vista es una grande plaza de forma elíptica, cuyo circuito está formado por dos galerías en semi-círculo abiertas con arcos en cuatro hileras de columnas que forman dos corredores cubiertos, destinándose la calle de en medio, que es la más ancha, para que pasen los carruajes, y por consiguiente no tiene techo. Las columnas tienen sesenta y un piés de altura. En el centro se eleva un soberbio obelisco egipcio que tiene de alto ciento ochenta piés. A derecha é izquierda hay una fuente cuya agua levantándose á una grande elevación, vuelve á caer en capas espesas primero en un receptáculo de granito oriental, y luego en otro octógono cuya circunferencia es de ochenta y nueve piés.

El diámetro más chico de esta plaza, interiormente, es de quinientos ochenta y ocho piés, y el mayor de seiscientos treinta y ocho. Esta plaza tiene otra en seguida de doscientos noventa y seis piés de largo, sobre trescientos sesenta y seis de ancho. Los dos lados rectilíneos de esta plaza forman la continuación de las galerías de la primera y van á unirse con la fachada principal de la basílica.

Aquí comienza el peristilo que cuenta veinte y dos escalones con tres descansos; en los lados se hallan colocadas las estatuas de san Pedro y san Pablo que mandó hacer el papa Pio II á Mino de Fiesola.

En lo alto del peristilo se despliega la fachada principal de la basílica en una extensión de unos ciento veinte y cuatro metros, ó sean trescientos setenta y dos piés; su altura es de ciento cincuenta piés. Ese frontispicio se halla formado de columnas y pilastras corintias que sostienen un arquivado con un friso y una cornisa. En la cornisa se eleva un ático con ventanas, y á las dos extremidades debían elevarse dos campanarios, de los cuales uno estaba ya construido, cuando hubo necesidad de demolerlo porque tapaba la vista de la cúpula. La fachada toda es de una piedra parecida al mármol. Entremos bajo el pórtico que forma por sí solo un



edificio tan vasto, rico é imponente que ha podido pasar á los ojos de muchas personas sencillas por la misma basilica. En efecto este vestibulo tiene cuatrocientos piés de largo y mas de sesenta de ancho. ¿Cómo pueden describirse las pinturas, estatuas y demás ornamentos que contiene? Diremos únicamente que á cada una de sus extremidades se halla colocada una estatua ecuestre sobre un rico pedestal. A la derecha está Constantino y á la izquierda Carlomagno.

El templo tiene cinco puertas, siendo de bronce la de en medio. Sus bajos relieves representan la vida de san Pedro y los principales sucesos del pontificado de Eugenio IV que fué el que la mandó hacer. La última puerta de la derecha está tapiada y no se abre sino cada veinte y cinco años para el jubileo, entrándose ordinariamente en la iglesia por las tres puertas restantes, que llevan los nombres de Pablo V, Urbano VIII é Inocencio X. La nave principal tiene á cada lado cuatro altas y anchas galerías que sostienen gruesos pilares figurando cada uno dos pilastras unidas. Entre las pilastras hay nichos labrados, con las estatuas colosales de los santos fundadores de las comunidades religiosas. La bóveda se halla coronada de rosetones de estuco dorado. En el centro del crucero, bajo la vasta cúpula, se halla colocado el altar papal, y cuando oficia el pontífice soberano tiene la cara vuelta constantemente hacia el fondo de la nave en donde están las cinco puertas, y por consiguiente hacia los fieles.

Este altar aislado, como hemos dicho, y al que sube por siete escalones, se halla coronado con un magnífico baldaquino sostenido por cuatro columnas, sien lo todo él de bronce dorado, y contando, desde la base de las columnas hasta lo último de la cruz que do mina el baldaquino, ciento treinta y dos piés. La grada del altar está guarnecida con seis grandes candelabros, y en el centro se halla la cruz sin tabernáculo. Cuando oficia el papa, ponen un sétimo candelabro con un cirio mas alto que los otros, como simbolo de la supremacía pontifical. El bronce del baldaquino de que hemos hablado pesa mas de cien mil libras, y ha sido sacado del Panteon. El dorado y demás trabajo costaron quinientos treinta y cinco mil francos. En el fondo del altar se ve la *silla de san Pedro*, que es una ancha y larga tribuna de bronce en la cual se halla encerrado el mismo asiento de madera en que se sentaba el Principe de los apóstoles. Esta tribuna se halla sostenida por las estatuas colosales de los cuatro doctores principales de la Iglesia, san Agustín y san Ambrosio por la Iglesia latina, y san Crisóstomo y san Atanasio por la Iglesia griega.

Si hubiésemos de recorrer esa inmensa basilica, describiendo todas sus magnificencias, necesitaríamos para ello escribir un volumen. Por eso nos detendremos en la cúpula, bajo la cual se halla establecido el altar papal y el suntuoso baldaquino de que hemos hablado. Esta cúpula descansa, como hemos dicho sobre cuatro pilares; en los cuatro grandes arcos que sostienen la cúpula, se ve un magnífico entablamento en cuyo friso se hallan inscritas en mosaico las palabras siguientes: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni caelorum* «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificare mi Iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos.» Las letras de esta inscripción tienen siete piés de largo; la cúpula es doble y los muros tienen veinte y cuatro piés de grueso. Los pilares tienen ciento sesenta y ocho piés de altura, y la cúpula, contando desde el suelo hasta lo último de la cruz, tiene cuatrocientos veinte y cuatro, la linterna sola tiene cincuenta y cuatro y la cruz veinte. La bola que tiene siete piés de diámetro, puede contener diez y seis personas, y se sube á ella por una buena escalera.

Ademas de la cúpula principal, la basilica de San Pedro tiene diez mas pequeñas, cuatro redondas y seis ovaladas.

Terminemos hablando de las dimensiones de la iglesia entera. La basilica de San Pedro tiene seiscientos piés de largo sobre cuatrocientos cuarenta de ancho.

La construcción total de este gigantesco edificio ha costado cerca de trescientos cincuenta millones de francos.

Después de San Pedro citaremos las siguientes: la basilica de San Juan de Letran, iglesia donde oficia el papa, y que en este concepto es superior en gerarquía á todas las demas del mundo católico; en ella coronan á los papas; — Santa María la Mayor, donde se admiran los mosaicos del siglo V y las capillas de Sixto V y de Pablo V; — San Lorenzo y San Sebastian, notables por sus catacumbas; — Santa Inés en la plaza Navona; Santa María in Ara Coeli, edificada en el sitio donde estuvo en otro tiempo el templo de Júpiter Capitolino; y San Pedro in Vincoli, considerada como la iglesia mas antigua de Roma, donde se halla el mausoleo de Julio II, obra de Miguel Angel, y uno de los monumentos mas famosos de la Italia.

Roma cuenta 46 plazas públicas; distinguiéndose entre ellas la de San Pedro; la plaza Navona, destinada á los mercados de Roma y embellecida por la magnífica fuente á que debe su nombre; la plaza de España, la mas frecuentada por los forasteros; la plaza de la Columna, llamada así por la soberbia columna que hay en ella, y la que toma su nombre á la puerta del Pueblo.

Doce fuentes principales, entre ellas cuatro magníficas, embellecen esta capital y la proveen de agua abundantemente; y un crecido número de establecimientos científicos y literarios aumentan la importancia de la metrópoli.

El lector se formaría una idea muy imperfecta de

Roma, si no mencionáramos á continuación los monumentos y los restos de los suntuosos edificios que adornaban la antigua ciudad, y que á pesar de su vetustez y las devastaciones de los bárbaros, forman todavía uno de los mas bellos ornatos de la residencia de los sucesores de san Pedro. Los mas notables son:

El puente *Aelius*, construido por el emperador Adriano, y llamado hoy puente de San Angelo; es aun el mas hermoso de los que atraviesan el Tiber.

La Cloaca Máxima, la mas considerable de las cloacas antiguas; es una bóveda que asombra por su altura y su anchura, y que sirve todavía para su antiguo destino, aunque su construcción data del siglo II de Roma, es decir, del tiempo de los Tarquinos.

El Acueducto de *Acqua Sergine*, construido por Agripa, y los llamados de *Acqua-Martin* y *Acqua Paola*.

El Panteon, edificado por Agripa, y cuya historia es esta:

Unos veinte y cinco años antes del nacimiento de Jesucristo, Marco-Agripa, que se casó con la hija del emperador Augusto, erigió este magnífico monumento á la gloria de su padre político, aunque el emperador no tuvo por conveniente el aceptarlo, por lo cual fué consagrado al dios Marte y á Júpiter vengador en reconocimiento de las batallas ganadas á Marco Antonio y Cleopatra. Algun tiempo después se le dió otro destino. Cibele, la madre de los dioses, fué su principal divinidad, erigiéndose una estatua en honor de cada uno de los dioses del Olimpo, razón por la cual los romanos llamaron á este edificio Panteon, que significa en griego templo de los dioses.

Cuando el gran emperador Constantino dió la libertad á la Iglesia, por todas partes se destruyeron los templos del paganismo. Este emperador hizo construir en Roma muchas iglesias sin querer aprovechar para el culto católico los suntuosos monumentos de la idolatría, exceptuando solamente el Panteon de Agripa. Es sabido que en aquella época los papas no eran aun dueños de Roma. A principios del VII siglo, el papa san Bonifacio IV obtuvo del emperador la autorización para consagrar al verdadero Dios este monumento que se habia conservado casi intacto; entonces las estatuas de las divinidades paganas desaparecieron, y Bonifacio mandó levantar á Dios un altar bajo el patrocinio de la santa Virgen y de todos los mártires, haciendo abrir una fosa bajo el altar donde mandó llevar mas de veinte carretadas de huesos de los santos confesores de la fe sacados de los diferentes cementerios de Roma. El Panteon tomó con este motivo el nombre de *Santa Maria de los Mártires*.

Vamos á hacer una sucinta descripción de esta suntuosa basilica, llamada hoy vulgarmente *Nuestra Señora de la Rotonda*, á causa de su forma. La extremidad de la grandiosa cúpula de este edificio tiene una ancha abertura sin techo ninguno, por donde se alumbra todo el templo y que corresponde abajo con un receptáculo del mismo diámetro destinado á recibir las aguas pluviales. El altar mayor se halla en un hueco semicircular practicado en lo grueso del muro, frente por frente á la puerta de entrada, habiendo otros seis huecos semejantes hechos en las paredes del edificio que soñ extraordinariamente gruesas y que forman otras tantas capillas, tres á la derecha y tres á la izquierda del altar mayor. Cada capilla de estas esta adornada con dos columnas de mármol antiguo y dos pilastras, y estas columnas colocadas á distancias iguales sostienen una magnífica cornisa de mármol blanco que se extiende sin interrupción en derredor del muro circular en que se apoya la bóveda de la cúpula. Entre los altares practicados en el muro, se ven otros ocho altares adornados con columnas corintias de una sola pieza y de diferentes mármoles antiguos; por último, todas las paredes del edificio en donde no hay altares, se hallan cubiertas de ricos mármoles hasta la cornisa, como tambien el pavimento de la basilica.

Hasta el pontificado de Pio VII se conservaron un crecido número de nichos ovalados al rededor de la iglesia, adornados con bustos de los artistas célebres que estaban enterrados allí; pero en 1820 todos estos bustos y muchos retratos pintados fueron llevados con grandes ceremonias á una galería del Capitolio.

El gran Rafael tiene su sepulcro en esta iglesia: en su testamento dejó dicho que se elevase sobre su tumba un altar adornado con una estatua de la Virgen esculpida por Lorenzo Lotti, lo cual se ejecutó en 1520, época de su muerte. El cardenal Bembo le puso este epitafio, que ha sido muy criticado por su exageración:

*Ille hic est Raphael, timuit quo sorp'e virici  
Rerum magna parens et moriente morti.*

«Aquí yace Rafael: la naturaleza estuvo á punto de ser vencida mientras vivió, y de acabarse á su muerte.» En 1833 la cofradía llamada de los *virtuosi*, de la que forman parte los canónigos de esta basilica, quiso asegurarse de si en efecto las cantzas de Rafael reposaban en el Panteon, y el 14 de setiembre del mismo año se encontraron los huesos de Rafael en una caja de madera, bajo el arco donde se hallaba la estatua de la Virgen de Lotti. Los despojos mortales del grande artista fueron colocados en una hermosa urna de mármol. Al lado de Rafael reposa Mengs, otro famoso artista, que sin embargo no merece los pomposos elogios que se le han hecho, comparándole á Rafael. El célebre compositor Sacchini que inmortalizó su *Edipo*, descansa tambien en la misma basilica.

En el altar mayor de esta iglesia se venera una imagen de la santa Virgen que fué traída á Roma de Jerusalén y que se cree pintada por san Lucas.

El Circo de Caracalla, el único que subsiste aun de los diez que Roma poseía; este vasto y hermoso edificio se encuentra actualmente en medio de los campos.

El Coliseo, edificado por Vespasiano, es el anfiteatro mas grande que se conoce despues del de Catania; subsiste de él casi la mitad; este magnífico monumento ha sido limpiado hace algunos años, y hoy se admira en todo su esplendor, como se ve en nuestra lámina.

Los restos del teatro de Marcelo levantado por Augusto, consisten en cierto número de arcos, de doble piso, que forman un cuarto de círculo.

Las ruinas de las Termas de Tito y de Caracalla; aun se ven los muros exteriores de los vastos palacios, que con el nombre de Termas servian de baños públicos, y dan una idea de su vasta extensión. Había allí 1,600 asientos de mármol para comodidad de los bañistas de ambos sexos, que tenían á su disposición baños de toda clase, hasta de agua del mar. Estos baños se hallaban distribuidos en grandes salones, cuyas bóvedas sumamente altas descansaban en columnas de mármoles raros; las pilas en que se tomaban los baños eran de mármol fino, de granito oriental ó de pórfido; además habia grandes receptáculos llenos de agua para los que querian nadar. Muchos esclavos de ambos sexos servian á los bañistas. Había tambien unos pórticos bajo los cuales se paseaba la gente, y donde acudían los vendedores de joyas. Habíanse reservado igualmente vastos espacios destinados á los ejercicios intelectuales y corporales. Los filósofos y los retores se reunían allí para dar lecciones á la juventud; los poetas leían sus obras, y los pintores y los escultores atraían á los amantes de las artes. El interior de esos magníficos edificios no es mas que un conjunto informe de ruinas cubiertas de yerbas y de arbustos; las columnas de mármol y las estatuas se quitaron para adornar con ellas los palacios de los particulares.

Vie en despues las ruinas de las *Termas de Diocleciano*; estos baños eran mayores todavía; Miguel Angel convirtió el gran salon imperial que aun subsistia en su tiempo en una iglesia que pertenece á los cartujos.

Entre los diversos arcos de triunfo que adornan la metrópoli del imperio romano, muchos han atravesado los siglos, y se conservan bastante bien aun; citaremos el arco de Tito, levantado por Trajano al vencedor de la Palestina; es el mas hermoso de los que posee Roma por su arquitectura; aunque muy deteriorado, ofrece todavía en sus bajos-relieves el triunfo de aquel guerrero contra los judíos; se ve allí el candelabro de siete mecheros y otros ornatos y despojos del templo de Jerusalén; — el arco de Constantino, notable porque es el mejor conservado de todos; — el de Septimo Severo, que se distingue por sus bajos-relieves, y el de Jano, en buen estado de conservación.

Unas cuantas columnas monumentales han podido sustraerse á la acción del tiempo y al furor de los bárbaros; las tres principales que subsisten aun son estas: la columna Antonino, que da el nombre á la plaza de la Columna; es un trofeo magnífico todo de mármol, levantado por el senado al emperador Antonino el Píadoso; los bajos-relieves que la rodean en espiral en toda su altura representan diversos acontecimientos de las guerras de los romanos en las épocas de Antonino y de Marco-Aurelio; fué restaurada en 1589. — La columna trajana considerada como el mas hermoso monumento de este género que han dejado los antiguos; sus admirables bajos-relieves, que cuentan 2,500 figuras, representan la historia militar de Trajano. — La columna rostral de Duillius, que es el monumento mas antiguo de esta clase que hay en Roma; tiene unos 12 piés de altura, y fué erigida por el senado para conservar la memoria de la victoria naval alcanzada contra los cartagineses en el año 494 de la república. Hoy está en el Capitolio.

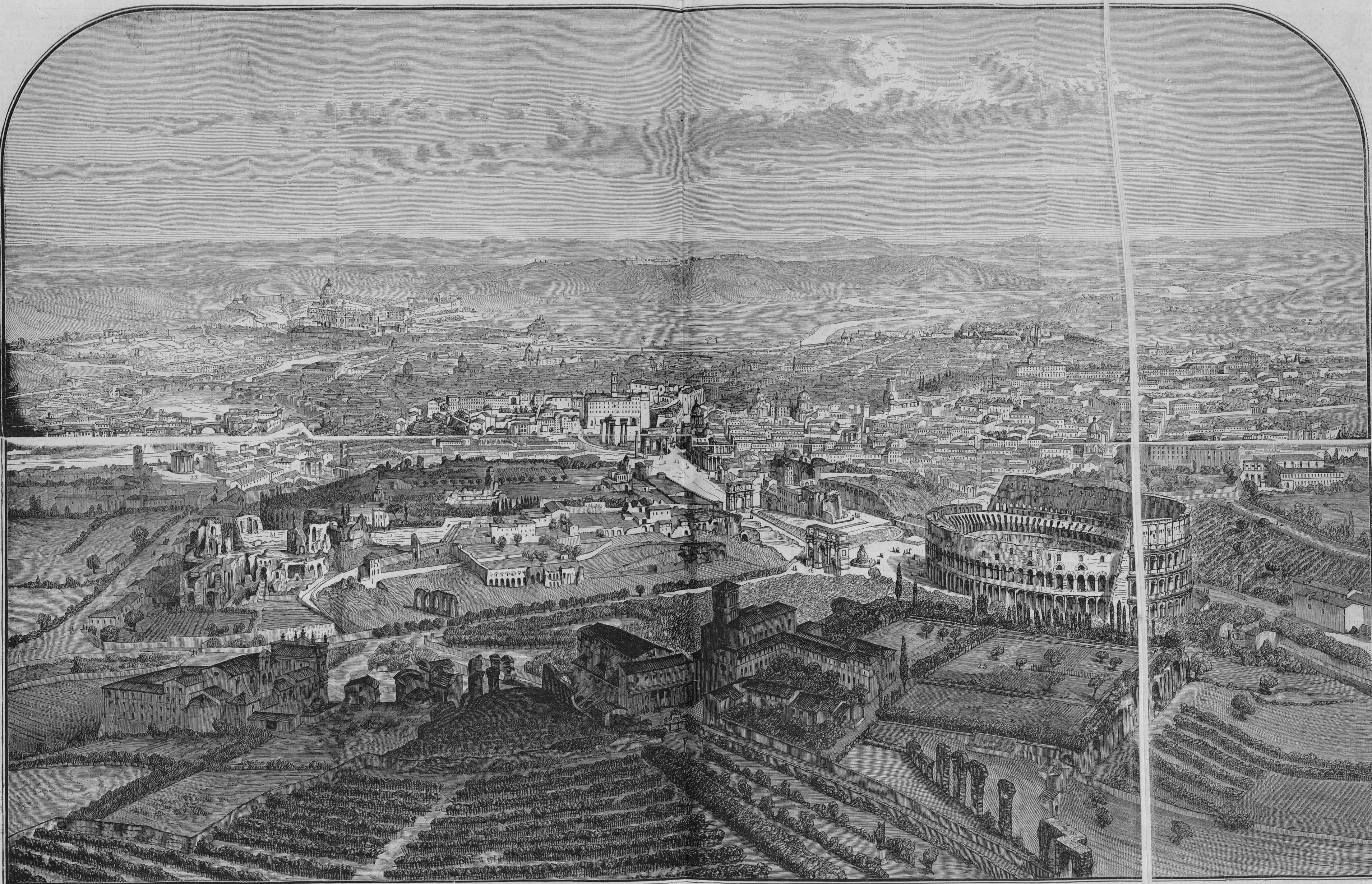
Los obeliscos que han sacado de las ruinas, aunque procedentes de Egipto, forman parte aun de las antigüedades de Roma, y figuran entre sus principales ornatos. Hay diez en pie; el mayor de todos es el que adorna la plaza de San Juan de Letran, y siguen los de la plaza de San Pedro, de la Puerta del Pueblo y del Monte Pincio.

El mausoleo de Adriano, hoy el castillo de San Angelo, era uno de los monumentos mas famosos de la antigua Roma. El emperador Adriano le hizo construir. Sobre una base cuadrada de una gran superficie se elevaban, en pirámide redondeada, tres órdenes de arquitectura, todo de mármol de Paros. Cada orden se componía de columnas de granito y de pórfido, que formaban soberbias galerías adornadas con estatuas y bajos-relieves de los mejores maestros. Este monumento, que llamaban *Mole Adriana*, á causa de su masa prodigiosa, tenía una magnífica cúpula cuyo remate era una pila. Después de haber servido de fortaleza á los godos, de retirada á los tiranuelos que desolaron á Roma en los siglos IX y X, fué trasformado en una verdadera ciudadela por Urbano VIII. Tiene una galería que le pone en comunicacion con el palacio del Vaticano.

Vienen despues el mausoleo de Augusto, cuyos restos monumentales aun son magníficos; en las ruinas de este palacio de la muerte, donde cada miembro de la familia de Augusto tenía un asiento, han quedado un teatro donde hay de tiempo en tiempo combates de bñalos, y donde se reunió la gente del circo para oír la música. — Por último, el mausoleo de Cecilia Metella se distingue entre todos por la hermosura de su arquitectura y la de los mármoles que se emplearon en su construcción.

El magnífico palacio de los Césares sobre el monte





1. Puerta y plaza del Pueblo. 2. El monte Pincio y paseo. 3. La Academia francesa. 4. El mausoleo de Adriano. 5. El Vaticano. 6. San Pedro. 7. La plaza Navona. 8. El Pantón. 9. El monte y el paseo Quirinal. 10. El Capitolio y el monte Capichio. 11. El foro y el arco de Septimio Severo. 12. El templo de Antonin o y Faustina. 13. El arco de Tito. 14. La basílica de Constantino. 15. El templo de Venus y de Roma. 16. El arco de Constantino. 17. Meta Sudans, fuente. 18. El Coliseo. 19. San Pedro in Vincoli sobre el monte Esquilino. 20. El monte Palatino. 21. Ruinas del palacio de los Césares. 22. El templo de Vesta. 23. Escalera del templo de Claudio. 24. La iglesia de San Juan y San Pablo. 25. Dolabella. 26. Restos del arco de Dolabella. 27. El monte Janículo y el jardín Corsini. 28. La Farnesina.



Palatino, comenzado por Augusto y continuado por Tiberio, embellecido con los tesoros de la naturaleza y con muchas obras maestras del arte por Caligula, Nerón, Domiciano y otros emperadores, se halla enteramente cubierto por las huertas.

El Foro romano, lleno en otro tiempo de templos, de palacios, arcos de triunfo, trofeos, estatuas de héroes y de dioses, donde se hallaba la tribuna de los oradores, donde el pueblo romano durante tantos siglos juzgaba á las naciones y decidía de la suerte de los reyes, ese sitio augusto ha perdido hasta el nombre, y solo se conoce hoy con la innoble denominación de *Campo-Vacino*, porque allí estuvo en otro tiempo el mercado de las vacas. No obstante, hace algunos años se mandó limpiar el terreno, y se descubrió la primera columna miliaria, considerada como el centro del vasto imperio romano, y que vanamente se había buscado hasta entonces.

Para concluir diremos que la campiña de Roma, tan floreciente en otro tiempo, ofrece hoy un aspecto desolado; la vista se cansa de ver por todas partes campos casi incultos, restos de tumbas y de los acueductos que suministraban el agua, y aun la suministran hoy á esa capital; y sin embargo, en un contorno de 18 millas, se encuentran lugares famosos en la historia. X.

### El saboyano.

POR M. A. DE LAVOPIERRE.

Era el mes de diciembre, hacia un frío intenso, la noche era oscura, y la nieve, como un plumón de paloma, caía lentamente sobre el empedrado de las calles y extendía sus brillantes copos sobre los árboles, los tejados y los edificios públicos, dibujando sus chapiteles, arcos y columnas.

Las nueve daban en el reloj de la iglesia de San German de los Prados, y los palacios del arrabal de San German se iluminaban ya para los bailes, conciertos y reuniones brillantes donde los últimos vástagos de los Montmorency y los Crillon se encuentran con los primeros herederos de la gloria de Montenotte y los laureles de Marengo.

Una jóven, pobre y diligente trabajadora, cruzaba entonces la plaza que las discordias civiles bautizan y vuelven á bautizar cada diez años; plaza, ya de la Nación, ya de la Cámara de los Representantes, ya del Cuerpo Legislativo, ya del Palacio de Borbon, y adoptaremos este nombre por ser el mas antiguo.

La jóven atravesaba pues esta plaza, acelerando el paso para llegar mas pronto á la modesta guardilla á donde iba á reparar sus fuerzas con el sueño, el plácido amigo de la juventud laboriosa, de la castidad sin combates y de la indigencia sin deseos.

De pronto oyó gemidos ahogados, sollozos, lágrimas... Se paró, prestó el oído, y cayeron sobre su corazón estas palabras, articuladas por una boca infantil: *Madre mia, pobre madre mia, ¿porqué me separé de ti?*

La jóven se olvidó del frío y de la nieve que en torno de ella centelleaba, y no la hizo estremecer el viento glacial que agitaba sus hermosos cabellos negros y desarreglaba la simetría de sus trenzas, virginal adorno de su lindo rostro; corrió, voló hacia aquella voz de un desgraciado, y guiada por su compasión mas bien que por su oído, halló por fin acurrucado en el pórtico del Cuerpo Legislativo un débil niño, uno de esos útiles aventureros de la limosna y del dolor que la Saboya nos envía todos los años, así como los montes de Sicilia nos envían por la primavera las golondrinas. Pero éstos traen consigo el sol y la libertad, y los saboyanos, por el contrario, nos presagian las escarchas y llevan con el instrumento que les gana la subsistencia la deplorable miseria que les granjea la compasión.

— ¿Qué tienes, pobre niño? dijo la jóven con voz tierna y sonora como la de una maga benéfica, é inclinandose graciosamente hacia el desgraciado.

— Tengo hambre y sed, hermosa señorita, respondió el muchacho en ese dialecto que parece inventado expresamente para triunfar del egoísmo de los malos y conmover la sensibilidad de los buenos.

— ¿Tienes hambre y sed! dijo la jóven mirando en torno suyo para ver si pasaba algun ser compasivo. Pero la plaza y las calles inmediatas estaban desiertas, y en el suntuoso barrio donde no se conocen las tiendas solo se distinguían puertas cocheras... cerradas como tal vez el corazón de los que allí vivían.

La bondadosa jóven se hallaba en la mayor incertidumbre, cuando se abrió de pronto con estruendo una de las puertas cocheras de la calle, y salió un veloz y brillante coche, cuyas bruñidas ruedas hicieron gemir la nieve, pudiéndose oír las carcajadas que resonaban dentro del carruaje, cuyos felices dueños se burlaban al parecer del trio en sus abrigos de raso y terciopelo.

Aquella alegría aristocrática llenó de angustia el corazón de la trabajadora. ¿Qué felices son con su riqueza, pensó, mientras este pobre niño se está muriendo de hambre á su puerta! Dios mio, ¿porqué dais tanto á unos y á otros tan poco... y á veces nada?

La pobre jóven ignoraba que las desigualdades sociales son obra de la civilización, y que sin esos contrastes espantosos que hacen gemir al filósofo y al cristiano no habría industria, comercio ni bellas artes. Pero una jóven y cándida niña no está obligada á saber tanto como un miembro de la Academia de ciencias morales

y políticas; y por otra parte, tal vez sería posible suprimir la miseria admitiendo la pobreza, porque media entre estas dos situaciones. La mendicidad de los niños que los montes de Saboya nos envían, es enteramente interesante y digna de apoyo; pero ¡cuántos franceses de tierna edad mueren estóicamente de hambre en nuestros arrabales, porque tienen sobrado orgullo para pedir limosna!

— Ven conmigo, dijo la jóven súbitamente inspirada por el celo de la beneficencia; ven conmigo, pobre niño, y partiré contigo mi cena y te calentarás en mi manta; ven, hijo mio, ven.

Y sin esperar la respuesta del saboyano le tomó de la mano y le llevó á su protegido á la guardilla que habitaba en la calle de Beaune. Pero la casa tenía por portero un Argus inexorable, y como las mujeres son tan ingeniosas para amar y socorrer, María (este nombre de la jóven) consiguió hacer subir hasta su humilde morada al pobre saboyano, valiéndose de una astucia digna de las estratagemas de Polibio. La ascensión era mas difícil en cuanto la habitación estaba debajo del tejado y subían á tientas. No obstante, la jóven y el niño llegaron sin ser vistos ni oídos.

Al entrar María en su celda, cuyos muebles se reducen á una cama algo dura, dos sillas, una cómoda y una mesita coja, se dió prisa á encender un fuego, y algunos tizones que la económica obrera había reservado para las noches de frío mas riguroso sirvieron para preparar la cena y calentar los miembros os del niño.

María examinó durante estos preparativos á su huésped, y vió con satisfacción que á pesar de su miserable exterior tenía una fisonomía franca y noble.

— ¿Cómo te llamas? le preguntó.

— Pedro, señorita, respondió el niño.

— ¡Pues bien, Pedro, ten ánimo, añadió María, pues yo voy á cenar contigo, sino que tambien voy á traer una cama al lado de la mia. Esta noche al menos dormirás tranquilo.

Mientras hablaba María, puso la mesa, extendió un lanco mantel, y colocó encima un plato lleno de sopa y otro con algunos restos de salchicheria, alimento desgraciadamente habitual á la clase obrera de las ciudades populosas, donde la avara industria no deja al jornalero mas que las horas materialmente necesarias para el sueño.

— Vamos, Pedro, siéntate y cena, dijo la jóven acercando una silla á la mesa.

El muchacho se levantó y se sentó á la mesa; pero á pesar del apetitoso aroma de la sopa que María le había servido, no comía, y por el contrario, con una mano se iba las lágrimas que surcaban sus mejillas, y con la otra parecía sostener algun objeto bajo su chaqueta de paño. María apartó de él la mirada, creyendo que la timidez era lo único que le impedía comer; pero al ver que insistía en seguir inmóvil, le miró con rostro serio y le preguntó si estaba arrepentido de haberse seguido.

El niño entreabrió temblando su chaqueta, y María vió estupefacta en una especie de saco que el saboyano había colgado del cuello, la animada cabeza de una marmota, que con el contacto de la luz y hambrienta como su dueño, saltó sobre la mesa y se puso á devorar la sopa que Pedro empezó á comer tambien, endolida con el animal como buen amigo.

María no pudo contener sus lágrimas al pensar que el pobre niño, á pesar de su voraz apetito, no quería probar sin que su marmota, que le ganaba el pan de cada día, participase tambien del inesperado banquete. — Has hecho mal, le dijo María, en no haber dado comer antes al pobre animal.

Y abrazó al niño en la frente sonriendo; pero Pedro se echó á reír con tal ahínco, que ni siquiera pensó en contrariar á María que estaba extasiada ante aquel interesante cuadro, y se olvidó de cenar; la alegría del corazón le hizo silencio al estómago.

Al ver que la marmota se habló y volvió al saco, y Pedro como ella volvió á calentarse á la chimenea, María preguntó al saboyano si estaba contento de haber cenado y de calentarse.

— ¡Oh! sí, dijo; pero siento que Juan no sea tan feliz como yo.

— ¿Y quién es Juan? preguntó María.

— Es mi compañero, señorita. Nos hemos separado mañana, como hacemos todos los dias, dándonos para mañana al amanecer en una plaza.

— ¿Cómo se llama esa plaza?

— No lo sé, pero creo que mañana la hallaré. Las casas son tan altas en París, que se hace de noche mas pronto en el campo, y por esta razon no he podido ir á araje donde me esperaba Juan. ¿Cómo quereis que me alegre, á pesar de vuestras bondades, si no sé si á ha cenado?

El saboyano prorrumpió en nuevo y copioso llanto. María se esforzó en tranquilizarle diciéndole que indudablemente Juan habría cenado tambien, porque en París, añadió la jóven, hay muchas personas buenas y caritativas.

— Demasiado lo sé, respondió Pedro dirigiéndole una mirada de sincera gratitud.

— Y además, continuó María, una noche se pasaré contigo, y mañana hallarás á tu compañero.

Estas palabras calmaron la inquietud de Pedro. María ya para satisfacer su curiosidad, ya para dar otra dirección á los pensamientos del saboyano, le preguntó qué se había separado de sus padres en tan tierna edad.

— Para hacer fortuna, respondió con sencillez, para

ganar dinero con que socorrer á mi madre que me espera.

— ¿No volverás pues á su lado hasta que seas rico? preguntó María.

— Sí, respondió Pedro, pero quiero reunir antes diez escudos al menos: entonces ya no volveré á separarme de ella jamás.

— ¿Lloró mucho cuando te despediste de ella?

— No me despedí, respondió el niño con vehemencia, porque no me hubiera dejado partir. La pobre dormía... la besé con cuidado llorando... y partí.

— ¿Solo?

— No, señorita, con Juan y Andrés nuestro vecino, que es mayor y mas robusto que nosotros. Y por eso nos pegaba á Juan y á mí para quitarnos el dinero que recogíamos para nuestras madres. Finalmente, un dia que nos maltrató con crueldad, Juan y yo nos separamos de él antes que se despertase.

— ¿Y cómo lo hicisteis, pobres niños? dijo María á quien interesaba cada vez mas tan sencilla historia.

— Contamos al pastor de la casa de campo donde nos habian hospedado, que Andrés nos maltrataba, y le suplicamos que dijera á Andrés que habíamos salido muy temprano tomando el camino de Lyon.

— ¿Y despues?

— En vez de partir, nos ocultamos en un bosque, y pocas horas despues vimos al infame Andrés que corría en nuestro perseguiamiento por el camino que le habia indicado el pastor. Desde entonces no le hemos vuelto á ver.

— ¿Y ha tenido vuestra madre noticia de vosotros desde que os separásteis de ella?

Al oír esta pregunta, el rostro de Pedro brilló de alegría.

— ¡Oh! sí, sí, exclamó; le he enviado ya veinte sueldos con Francisco, que ha vuelto al país.

— ¿Es decir que Francisco ha hecho ya fortuna? dijo María sonriendo.

— Sí, señora; pero él tenía un mono y un organillo, y yo no tengo mas que una marmota; me costará á mí mas tiempo, pero tambien la haré.

— ¿Una fortuna de diez escudos! pensó María, y continuó en seguida; sí, Pedro, la harás tambien, porque tu corazón y tu cariño hacia tu madre te acarrearán la felicidad; tu probidad y tu laboriosidad harán lo demás, y Dios te bendecirá!

— ¿Y á Juan tambien?

— Sí, Juan y tú sereis benditos, porque la Providencia no abandona nunca á los que depositan en ella su confianza. Buen ejemplo has tenido esta noche, Pedro; invocabas á Dios, y Dios ha permitido que te diese un asilo una persona que no es mucho mas rica que tú.

Pedro no respondió; pero tomó temblando la mano de su bienhechora, que estrechó con vivacidad respetuosa.

— Pero bastante hemos hablado, Pedro, y es preciso que uno y otro pensemos en descansar para volver al trabajo mañana.

La cama de María se componía de un colchon y un jergon. Sacó el colchon é improvisó para su huésped una cama.

— El infeliz duerme todas las noches en la paja, pensó María, y bien puedo hacerlo yo una noche para socorrer un desgraciado.

María se retiró castamente detrás de una cortina, para dar tiempo á que su huésped se acostase y durmiese.

Pedro se acostó, sin descuidarse de poner á su lado debajo de la manta á su querida marmota, y un cuarto de hora despues el niño dormía profundamente con el sueño tranquilo que Dios da á los pobres y á los niños.

María se durmió tambien pacíficamente con la felicidad que ensancha el corazón despues de una buena acción.

Pedro estaba ya en pié cuando la aurora empezaba á dorar los tejados cubiertos de nieve, y París palpítaba apenas bajo su vasto manto de escarcha. María, despues de haberle dado un abundante almuerzo, le acompañó, siguiendo las pintorescas y vagas indicaciones del saboyano, hasta la plaza del Carrousel, y apenas llegaron á la ancha plaza, Pedro lanzó un grito de alegría y enseñó con la mano á la jóven un niño que salía de las desigualdades de una de las vetustas casuchas que afeaban entonces la plaza del Carrousel.

— ¡Allí está Juan! ¡allí está Juan! exclamó Pedro corriendo al encuentro de su compañero.

María vió desde luego á los dos niños abrazarse y dar principio verosimilmente á la relación de su Odisea del dia anterior.

Como estaba terminada la misión de la jóven, Pedro le dijo al separarse de ella:

— ¡Dios os pague, señorita, todo el bien que me habeis hecho!

Y este voto de la inocencia y de la pobreza resonaba deliciosamente en el corazón de María, que volvió alegremente á su trabajo dirigiendo á Dios esta breve oración:

— ¡Dios mio, os doy gracias por no haber olvidado vuestros preceptos!...

Creemos sin vacilar que la jóven de 1848 es en el dia una madre cariñosa, una amiga fiel y una mujer perfecta.



**El retrato.**

Quiero hacer un retrato,  
Cándida niña,  
Y para hacerlo elijo  
Las seguidillas;  
Porque son ellas  
Como tú cariñosas,  
Dulces y sueltas.  
No intento aunque te enfades  
Pintar tu rostro,  
Pues todo el mundo sabe  
Que es muy hermoso.  
Unos lo han visto,  
Otros, menos felices,  
Lo habrán oído.  
No me muestres ufana  
Gallardo el talle,  
Porque su gracia, oh niña,  
¿Quién no la sabe!  
¿A qué pintarlo  
Si el laurel y la palma  
Son sus retratos?  
Clavas en mí tus ojos...  
¿Ojos azules!  
¿Me miras porque pinte  
Tu mirar dulce?  
Tus ojos bellos  
Están en todas partes  
Donde está el cielo.  
No es el rostro, ni el talle  
Lo que yo buseo  
Para hacer tu retrato:  
De esos hay muchos.  
Busco la bella  
Forma del alma pura  
Que en tí se encierra.  
Tú apartas el semblante  
Medio risueño,  
Y al volver la cabeza  
Me haces un gesto.  
Y dices: «anda,  
Cómo puede, Dios mío,  
Pintarse un alma!»  
El corazón es, niña,  
Daguerreotipo  
Que del alma refleja  
Los rasgos vivos.  
Entera el alma  
Es en los corazones  
Donde se estampa.  
Si uno, por retratarte,  
Retrata y copia  
Tu mas rico vestido,  
Todas tus joyas;  
Tú al contemplarlo,  
¿Qué opinión formarías  
De ese retrato?  
La hermosura del cuerpo  
Es pompa vana,  
Adorno fugitivo,  
Moda que pasa:  
Mas la hermosura  
De un alma casta y tierna  
No pasa nunca.  
Te dirán «¿qué cabellos!»  
«¿qué tez!» «¿qué labios!»  
«¿qué talle!» «¿qué sonrisa!»  
«¿qué pié!» «¿qué manos!»  
Así te ensalzan...  
Mas di, cuántos te han dicho:  
«¿Oh Dios! ¿qué alma!»  
Quiero hacer tu retrato,  
Cándida niña;  
El retrato del alma  
Que en tí se anida.  
Fácil tarea:  
Es sencilla y humilde  
Y alegre y buena.

José SELGAS.

**Dolorcitas.**

Es Dolorcitas la moza  
Mas salada que yo he visto:  
¿Ay cielos, si ella me diese  
La sal para mi cocido!  
Es capaz con sus miradas  
De dejar á un hombre bizco,  
Y es capaz de volver loco  
Al mismo dia del juicio.

¿Tiene unas manos! Anoche  
Dió un bofetón á un mocito,  
Y el mozo, por ver su mano,  
Se dejó dar otros cinco.

¿Qué muchacha, Dios eterno!  
¿Quién se volviera cepillo  
Para tocar á su ropa?  
¿Quién se durmiera en sus rizos?

La ví yo por vez primera  
Un dia de San Isidro,  
Bailando allí en aquel Prado  
Al son de unos guitarrillos.

Al verla sentí yo un baile  
Dentro de mi pecho mismo,  
Mi corazón daba saltos  
Como un bailarín del Circo.

Cesó la niña en su danza  
Y cesó el corazón mío:  
Volvió á bailar Dolorcitas  
Y volvió al baile el maldito.

No hay duda, dije yo entonces,  
Me ha flechado el dios Cupido,  
O me ha de querer Dolorcitas,  
O habrá la de Dios es Cristo.

Lleguéme á la buena moza  
Y quise hablarla atrevido;  
Pero apenas ví su cara  
Me dieron escalofríos.

Dobláronseme las piernas  
Y en tierra caí rendido,  
Que esos efectos producen  
Mozas de tal frontispicio.

Al verme así de rodillas  
Un mozo chusco me dijo:  
«Mas abajo está la ermita  
Si quereis rezar, amigo.»

Pero yo haciéndome el sordo  
No me moví de aquel sitio,  
Y mirando á Dolorcitas  
Empecé á decir con brio:

«No sé qué tienes, hermosa,  
Que yo al verte me derrito:  
Si no me das amor sólido  
De seguro me liquido.»

» Muy malos son los dolores;  
Pero yo Dolorcitas pido:  
Hermosa, por san Pancracio,  
Quiéreme ó me pego un tiro.»

Un mozo crudo y terrible  
De los de navaja en cinto,  
Se aproximó á contestarme  
Con su cara de judío.

Y yo que toda mi vida  
He sido un hombre pacífico,  
Tomé las de Villadiego  
Y hacía Madrid volví listo.

Vine como un Jeremías  
Llorando por el camino,  
Y por mas que lo intentaba  
No pude darla al olvido.

De pensar en ella tanto  
Me puse descolorido,  
Y perdí luego la gana  
De comer y beber vino.

Fuíme quedando, quedando  
Tan delgado como un hilo,  
Y si Dios no lo remedia  
Acaso entonces las lio.

Mas quiso Dios que una tarde  
Paseando por el Retiro,  
Donde iba yo á beber agua  
Por hallar algún alivio,

Vi otra vez á Dolorcitas,  
Exhalé cuatro suspiros,  
Le dije cuatro requiebros  
Y me tomó por su amigo.

Engordé luego; y al verme  
Decían mis conocidos:  
«La fuente de la Salud  
Es fuente que hace prodigios.»

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

**El Principado de Monaco.**

IMPRESIONES DE VIAJE.

A unos mil doscientos metros del monumento romano del Turbia se distingue un nido casi imperceptible

que llega á la vista con las proporciones de una miniatura: es Monaco, el reino de todo lo pequeño; y adonde quiero conducir al lector, advirtiéndole que todas las cosas que voy á señalar se deben tomar en diminutivo.

Eran las cinco y media de un dia del mes de setiembre de 1853, cuando dejamos el Turbia para ir á buscar á Monaco una comida regular y una casa decente. Nuestro equipaje iba cargado en una mula.

A los primeros pasos descubrimos escenas pintorescas por todas partes; aquí masas colosales de rocas peladas, de cuyo centro se elevan matas de verdura; allí pequeñas cascadas producidas por un salto de agua que en la parte superior del Turbia da movimiento á un molino; por un lado magníficos olivos, por otro grietas profundas en los flancos de la montaña; delante de nosotros, á una profundidad de 1,200 metros, hermosas perspectivas sobre el mar; en suma, un espectáculo tan singular como grandioso.

La cuesta es tan rápida, que el sendero serpentea en mil vueltas y revueltas. Ibamos á la derecha, luego á la izquierda, y al cabo de diez minutos de ese ejercicio monótono, nos hallábamos casi en el mismo sitio. El camino está empedrado con piedras angulosas y cortantes, y no podíamos ir despacio, porque la mula y el arriero marchaban con mucha velocidad, y debíamos seguir nosotros, si no queríamos perder de vista nuestro equipaje.

Al cabo de media hora quisimos descansar; pero no fué posible, el guía no tuvo por conveniente detenerse, porque llegaba la noche. En ciertos sitios el camino era impracticable; yo comencé á perder el ánimo corrimos hacia cuarenta minutos, y apenas habíamos andado la mitad del camino. Entonces entramos en un olivar; aquí la pendiente es tan rápida, que el guía tiene que agarrar á la mula por la cola y contenerla, empleando para ello toda la fuerza de sus robustos brazos.

Por último, á las seis y media llegamos rendidos, sin aliento, y con el calzado hecho pedazos. Nos alojamos en el *hotel de los Extranjeros*, una bonita fonda, y la comida no tardó en reconciliarnos con Monaco.

Antes de acostarme quise hojear un poco mis libros para saber dónde me hallaba. ¿Quién lo diría! Monaco tiene una historia cuyo origen se podría decir *que se pierde en la noche de los tiempos*, para usar y abusar de la fórmula consagrada.

Los padres de la historia dicen todos que Hércules antes ó despues de su expedición á España, se detuvo en Monaco y en Villafranca, que está á una hora hácia el Oeste; que se estableció su culto en el país; le levantaron un templo en la roca de Monaco, y que como en ese templo se le adoraba *salo* (*monos* en griego) llamaron al sitio *puerto del Monacus*.

No salgo garante de esta etimología, pero la doy como la he encontrado en mis libros.

Saliendo ahora de esa noche de los tiempos, veo á la familia Grimaldi de Génova en posesión de Monaco desde el décimo siglo, á consecuencia de un favor del emperador que habia erigido ese pequeño país en Estado soberano. La república genovesa se apoderó de él; fué arrojada en 1160 por el conde de Provenza, y de nuevo la república le recobró el 6 de agosto de 1174 por una cesión en regla de Raimundo Beranger.

Carlos II de Anjou, á título de conde de Provenza y de Niza se posesionó de Monaco, pero le restituyó el 11 de junio de 1300 á la casa Grimaldi que le conservó hasta el 24 de diciembre de 1317. Despues veo á los Spinola, otra familia genovesa también muy ilustre, dueños de Monaco, que llegó á ser uno de los centros de acción de la facción de los Gibelinos; despues veo una flota provenzal mandada por Raimundo de Graze, amenazando el puerto de Monaco y obligando á los Spinola á soltar la presa. Por un tratado firmado en Niza el 6 de junio de 1329 se devolvió á los Grimaldi su antiguo dominio.

Durante aquellos siglos de desorden Monaco tuvo muchos amos. — La mayor parte de los Grimaldi fueron hombres de brazo fuerte, de carácter bien templado, guerreros que hubieron de distinguirse en las luchas sangrientas de la época. Uno de ellos, Carlos de Grimaldi, murió en el campo de batalla de Cregny. Este habia comprado en 1346 á Manuel Vento por 16,000 florines de oro, la jurisdicción de Mentone, así como los bienes que poseía en Vintimille y en Roquel rune.

La rama de los Grimaldi que reinaba en Monaco se extinguió en 1631 en la persona de Antonio Grimaldi, que no dejó mas que una hija llamada Luisa, casada con el conde de Porrigny, hijo del marqués de Matignon, mariscal de Francia. Este único heredero del principado de Monaco tomó el nombre y las armas de los Grimaldi. El príncipe actual (1) y sus predecesores inmediatos no descienden pues de los verdaderos Grimaldi sino *por las damas*.

Monaco ha tenido siempre la conciencia de su pequeñez y nunca tomó por divisa: *Monaco fara da se*. Amenazados por vecinos celosos, los Grimaldi conocieron que necesitaban una protección eficaz, y uno de ellos en 1524 se puso bajo el patrocinio de Carlos Quinto. Así continuaron mucho tiempo hasta que otro de los Grimaldi negoció en secreto con la Francia en 1644, y despues de haber sorprendido á la guarnición española debió esta retirarse del país. Fué el autor de este acto Honorato II, príncipe belicoso que se distinguió en los campos de batalla y escribió la historia de su casa.

(1) Alude á Florestan I. Estos apuntes fueron escritos antes de la muerte de Florestan y del advenimiento de su sucesor,



En castigo de su felonía Grimaldi perdió los feudos que poseía en España, en el ducado de Milan y en Nápoles; y el rey Luis XII le dió en compensación el ducado de Valentinois con el título de par de Francia, añadiendo el marquesado de Baux, el condado de Carlelas y la señoría de Saint-Remy.

En 1793 los franceses estaban en Monaco, y algunos años después el territorio fué comprendido en el departamento de los Alpes marítimos cuya capital era Niza. Los tratados de 1814 dejaron á Monaco bajo la protección de la Francia, y los de 1815 le dieron por patron al gobierno piemontés, sin que la familia de Grimaldi cesara de ejercer sus derechos de propiedad y de soberanía.

De este modo pues las relaciones de la Francia con Monaco no son nuevas; por eso en Monaco todo es francés, el lenguaje, las ideas y las costumbres.

Al otro día de nuestra llegada visité la población muy temprano. Tres calles de unos ciento cincuenta pasos de largo, un antiguo castillo rodeado de fortificaciones respetables, un hermoso cuartel, una plaza, una iglesia bastante bonita y un jardín público, he aquí Monaco. En la plaza además del palacio del príncipe se ve la casa de la condesa de Vedel, hija del general francés de ese nombre. Esta señora posee en Monaco buenas propiedades; su fortuna, su talento y su educación parisiense, sus modales, su título y su cordialidad para recibir á todo el mundo, la han conquistado en el país una influencia merecida.

Di la vuelta á la ciudad en menos de diez minutos. El paseo público es muy hermoso; hay en él muchas hierbas silvestres, grandes rosales de Bengala, cipreses, geranio y otras plantas que dan al jardín un aspecto delicioso. Monaco visto sobre su circunferencia es, como he dicho ya, una preciosa miniatura.

Desde lo alto de las fortificaciones que rodean el jardín, la vista se extiende sobre el mar á una profundidad de mas de 500 piés. Las casas de Monaco son tan pequeñas y tienen unas puertas tan diminutas, que

hay que bajar la cabeza para entrar por ellas, si no quiere uno aplastarse el sombrero. Hay cinco faroles que bastan para el alumbrado público, con el auxilio de la luna.

Por lo demás, es Monaco hoy una máquina gubernamental que consta de las piezas siguientes:

Un gobernador que representa al príncipe (este por lo regular reside en París) y que ejerce el poder abso-

naco es otra ciudad de Jauja, y nadie se atrevería á decir nada malo del príncipe publicamente.

Al medio día entramos en un bote para dar la vuelta al peñon, que es el mejor modo de poder darse cuenta de su altura. Por todos lados se eleva amenazador, formidable; es una fortaleza que la naturaleza ha hecho inexpugnable. En muchos sitios la roca está perpendicular; en su parte inferior el contacto de las olas

luto en su nombre, con mil doscientos francos de sueldo;

Un secretario del gobierno;

Un tesorero;

Un general comandante de la plaza con su estado mayor;

Una guardia nacional que consta de doscientos hombres;

Tres cónsules ó magistrados municipales que funcionan como jueces de paz;

Un tribunal con fiscal y primer presidente;

Un tribunal superior que reside en París en la persona del príncipe, asistido de tres jurisconsultos eminentes, de los cuales uno es miembro del consejo de Estado francés;

Una guarnición sarda con cañones y pirámides de balas que amenazan á los molinos de viento de Don Quijote;

Una administración fiscal entera y verdadera;

Un teniente de puerto ó llámese almirante que manda una flota compuesta de tres piraguas y dos yoles;

Una cofradía de penitentes;

Un médico del Estado;

Un hospital;

Una sala de asilo;

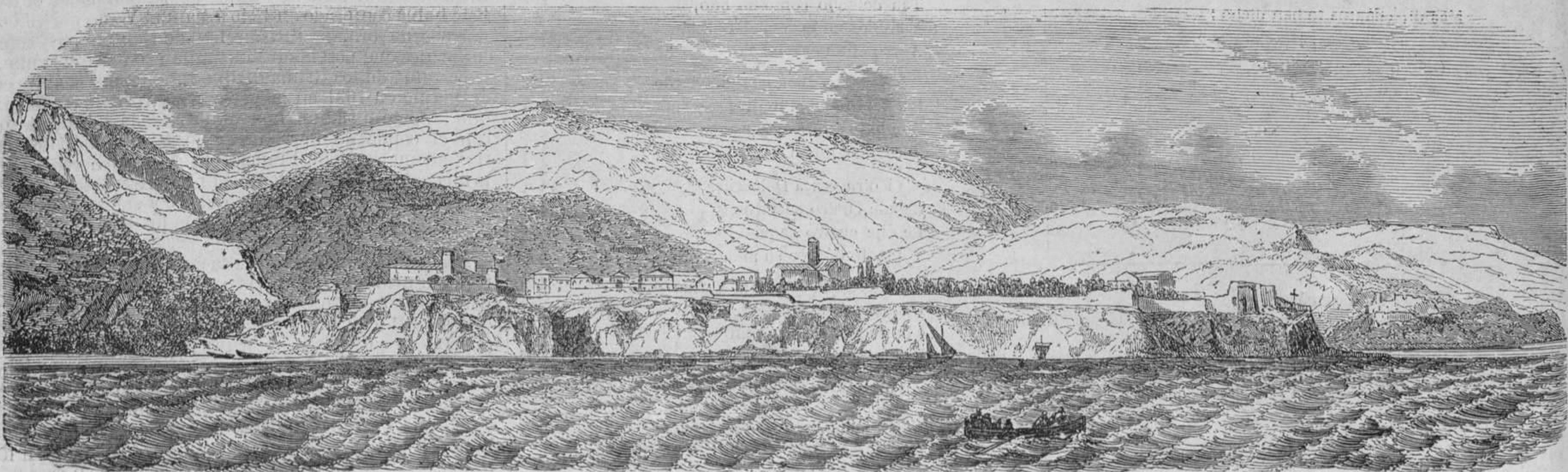
Una escuela primaria, etc., etc.

¡Qué lujo! Y no cuenta una porción de funcionarios retirados ó en activo servicio, cuya enumeración seria demasiado larga. La consecuencia de esta abundancia de empleados, es que el príncipe se halla seguro de que la población de Monaco cantará eternamente sus alabanzas; es de advertir que no hay comercio, ni industria, ni recurso alguno para gente que nada posee; no hay mas recurso que el bolsillo del príncipe, y sin él su pequeña metrópoli perecería de hambre.

Por eso es digno de oírse el concierto de bendiciones que se eleva por todas partes; Monaco



BAJADA DEL TURBIA EN MONACO,



LA CIUDAD DE MONACO VISTA POR EL MAR.





LA PROCESION DEL VIERNES SANTO EN MONACO.

impide toda vegetacion, pero desde su mitad se halla cubierta de higueras silvestres que la dan el aspecto mas pintoresco.

En Monaco no hay invierno; las altas montañas que se alzan detrás de la ciudad y parecen aislarla del continente, la resguardan eficazmente de los vientos del Norte. Al que le guste un pais cálido, con mucho reposo y soledad, le recomiendo Monaco; en tanto que las cumbres y las cuestas de las montañas se hallan cubiertas de nieve, se puede uno pasear por jardines llenos de flores de suave perfume, y en cuanto al reposo, no falta en ese invernáculo, donde apenas llega el ruido del mundo como un eco lejano.

Dejamos el puerto que es tan grande como la palma de la mano y subimos por la puerta fortificada. ¡Qué aspecto tan marcial! Almenas, puentes levadizos, caminos cubiertos, murallas, nada falta. Además, vemos que los soldados piemonteses están limpiando los cañones y arreglando montones de balas y de bombas. ¡Dios mío! ¿Quién amenaza a Monaco? El enemigo no debe tener mas de tres pies de altura para hallarse en proporcion con la cosa amenazada.

Visitamos luego una parte del palacio. La fachada tiene un hermoso aspecto con sus dos torres de la edad media y sus dos pisos de galerías con arcos; el patio es grande, y todavía se ven en él bonitas pinturas al fresco, de Horacio de Ferrari. El dibujo de este patio es irregular, pero la escalera que ocupa una gran parte del lado del nordeste es magnífica; toda ella es de mármol blanco.

El interior de los aposentos se halla en un descuido tal que da lástima. En el salon llamado de los *Grimaldi* apenas se ve una hermosa chimenea de piedra.

Dicen que la parte que habita el príncipe cuando se digna venir a sus Estados se halla con lujo; en cuanto a los jardines son hermosísimos.

La iglesia parroquial no ofrece nada de curioso. Sin embargo, citaremos uno ó dos cuadros y una estatua de mármol de la Virgen con Jesus en brazos, que tiene todo el carácter de una obra maestra.

En una capilla rústica están los sepulcros de los *Grimaldi* que son unas lápidas de mármol incrustadas en una pared de cal.

Es imposible demostrar mayor modestia póstuma aplicada a un nombre ilustre.

Al volver a la fonda pasamos por delante de una capilla destinada a las devociones de la cofradía de los Penitentes. En esta capilla se organiza la famosa procesion del viernes santo, que atrae a Monaco muchos extranjeros y vecinos curiosos.

Esta ceremonia comienza a las nueve de la noche el viernes santo; no es una procesion como otra cualquiera, sino que es alegórica, simbólica é histórica. Representa las diferentes escenas de la Pasion y figura el camino de la cruz.

Los miembros de la cofradía se distribuyen los papeles de la tragedia, y un almacén especial encierra los trajes, decoraciones, maniqués y otros utensilios necesarios.

Figurémonos un instante la procesion: los peniten-

tes están vestidos y encendidas las antorchas. Los tambores de la guardia nacional y las carracas de los muchachos van a hacer el oficio de las campanas. Todo está dispuesto y sale la procesion de la capilla.

Cada estacion desde el jardín de las Olivas es una escena diferente, y así es que la imagen de nuestro divino Redentor se ve de muchas maneras; cuando bebe el vinagre, cuando le azotan, cuando lleva la cruz, etc. El Salvador está representado por ancianos de barba y cabellera blanca cubiertos con túnicas y la frente coronada de espiñas.

Los cuatro doctores de la ley revestidos de manteos negros y gorros de aborrido, sacan de tiempo en tiempo un librote de su bolsillo, y haciendo que le consultan manifiestan con ademanes significativos que los textos de la ley condenan a Jesus.

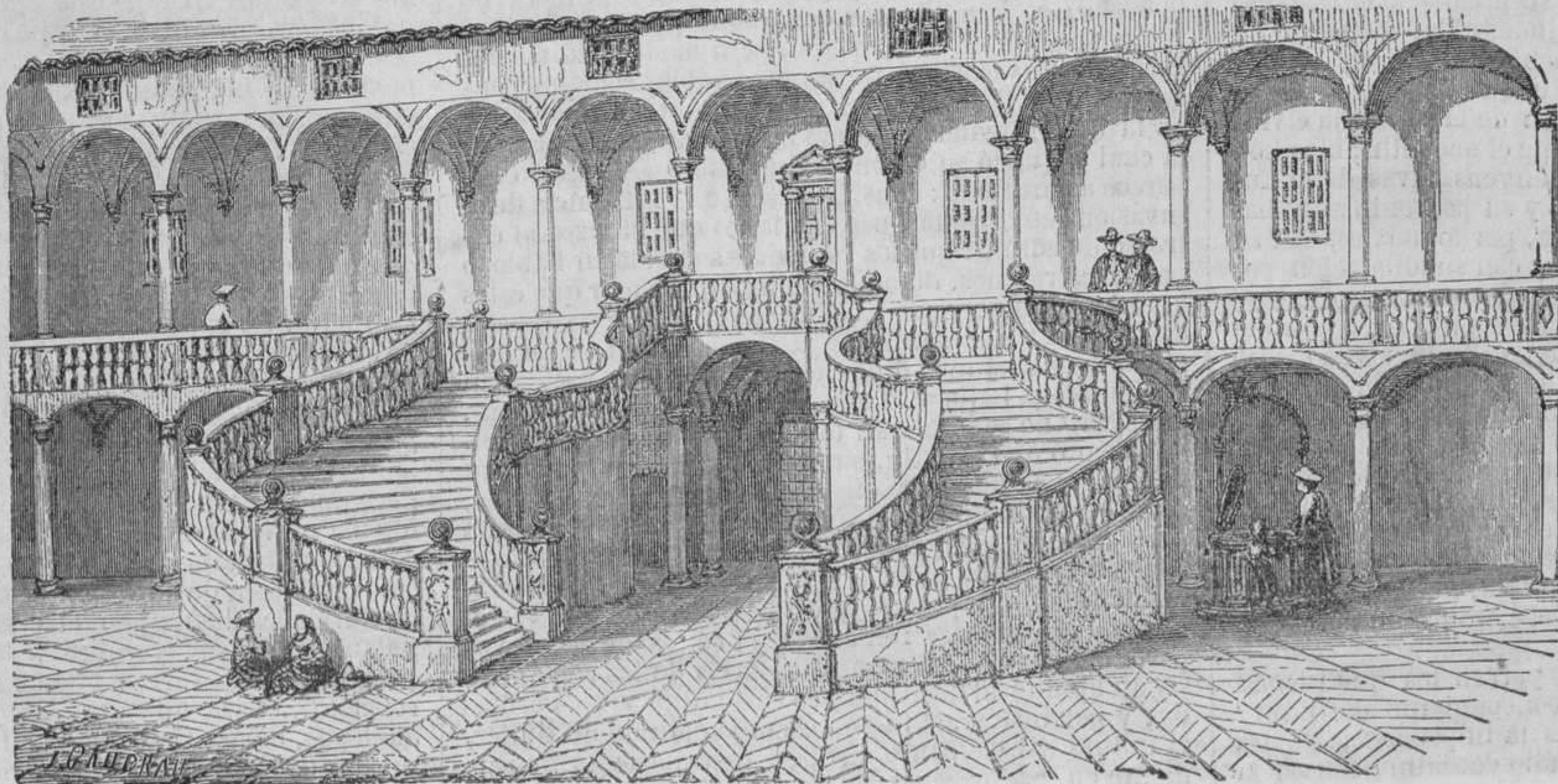
Poncio Pilato va a su lado con calzon corto y una toca negra, seguido de un esclavo con un jarro y una palanquilla de carton plateado que presentará al gobernador cuando diga: « Me lavo las manos. » El rey Herodes forma parte del grupo; se le reconoce por su manto escarlata. Despues siguen el jefe de los soldados de Poncio Pilato a caballo y con una coraza romana; san Pedro y su gallo, Tomás el incrédulo, los fariseos y los escribas, y Judas que cierra la marcha.

Estos personajes representan los pasos de la pasion de Jesus-cristo en las estaciones señaladas de antemano.

Esta procesion tiene fama en Italia, y como he dicho ya, acuden a verla muchos forasteros, y Monaco es una ciudad bulliciosa el dia de viernes santo.

Desde 1848 el principado se halla reducido a Monaco; antes figuraban en él Mentone y Roquebrune, que perdió en aquella época; pero esto toca a la historia de nuestros dias, y como el lance es curioso, me reservo dedicar otro artículo a su narracion, que fecharé en Mentone.

F. L.



ESCALERA DEL PALACIO GRIMALDI EN MONACO.



## DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL ILMO. SEÑOR DON PEDRO FELIPE MONLAU, EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1839.

## DISCURSO DE DON PEDRO FELIPE MONLAU.

*Del origen y la formación del romance castellano.*

(Continuación).

Acertada anduvo España en congraciarse con Roma, pues merced á esta simpatía, espléndidamente correspondida, español fué Balbo, primer extranjero que alcanzó la dignidad consular; español fué Trajano, primer extranjero que se sentó en el trono del mundo; españoles fueron los dos Sénecas, Lucano, Pomponio Mela, Columela, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico y otros cien varones insignes, cuyos nombres pronunciamos todavía con orgullo, y cuyas obras están en posesión de fama imperecedera.

Las clases altas, por consiguiente, hubieron de empezar á familiarizarse con el latín, por necesidad primero, y luego por interés, por ambición, por gusto. Las clases inferiores, por razones análogas, imitaron, cual siempre tratan de imitar, á las mas elevadas. Rompieron pues á hablar el nuevo idioma, y sacrificando la pureza á la facilidad de la pronunciación, maltratando sin piedad los accidentes gramaticales, é infringiendo á cada paso las reglas de la sintaxis, destrozaron horriblemente el latín gramatical y correcto, convirtiéndolo en un idioma afilligranado y bellísimo en una lengua anárquica, áspera y grosera, arrancando, como quien dice, sonidos fuertemente desahucados de un instrumento el mas melodioso y mejor afinado. Por ese vandalismo oral, por esa especie de germania indefinible, empezó, sin embargo, la transformación del *romano* en *romance*, y la de éste en la lengua que hoy hablamos y escribimos, en esta lengua cuya posesión nos envanece, y no sin fundamento. De este modo popular fué prevaleciendo el latín en España, á la par que en Italia y Francia, sobre los idiomas anteriores, acimatándose perfectamente donde quiera y convirtiéndose de exótico en indígena. Admiramos, señores, esa obra inmensa de combinación íntima, ó mejor dicho, de asimilación cabal, superior en mi sentir, á la implantación del idioma de Castilla en América, superior también á la progresión cada día creciente con que el castellano va desalojando las lenguas provinciales, unificándolas todas, y alcanzando con plena propiedad el dictado de lengua *española*. Admiramos sobre todo la regularidad con que se verificó aquí la asimilación en naciones tan diversas por su clima, antecedentes históricos y vicisitudes; regularidad que da á las lenguas modernas ese parecido que todos conocéis, y que era mucho mayor todavía en los primeros períodos de su formación.

Íbase oscureciendo entre tanto la estrella del imperio: príncipes débiles y pasajeros todos, despreciables muchos, sucedieron á aquel senado profundamente circunspecto y hábil, cuya política firme é invariable constituyó durante largos siglos la fuerza y la gloria del Estado. La traslación de la capital del imperio había dejado el Occidente como á merced de las hordas invasoras; y quién sabe cuál habría sido la suerte del latín, si Roma, que había perdido las ventajas de ser metrópoli del imperio, no hubiese logrado las de ser ciudad metropolitana del cristianismo. Pero estaba providencia. Ante dispuesto que las alcanzase, y las alcanzó: la religión naciente adoptó el latín como intérprete natural de sus doctrinas, como medio eficaz de propagarlas; y la Roma cristiana completó, por las predicaciones de la fe, lo que la Roma gentilicia había iniciado por medio de sus leyes é instituciones, de su literatura y civilización. Desde entonces quedaron para siempre asegurados los destinos del latín: la lengua latina no morirá ya, no puede morir; y esa vida perdurable de la madre nos autoriza para vaticinar á los hijos, entre los cuales descuella su predilecto el castellano, una longevidad robusta é indefinida. Convengo en que las civilizaciones, por mucho que duren, al cabo fenecen, como sucede á los individuos, y en que únicamente Dios sabe lo que ha de ser de la moderna civilización europea y de su intérprete el neo latín; mas hoy por hoy los horizontes de las lenguas vivas de la Europa latina son inmensurables, y su porvenir muy halagüeno. A la lengua castellana, por lo menos, con su literatura rica é inmarcescible, con su dilatación por ambos hemisferios y con su senado académico encargado de purificarla, fijarla y darle esplendor, sin temeridad pueden augurarse períodos ilimitados de medro y bienandanza. Ni está fuera de razón creer piadosamente que cuando Dios dispuso una laboriosa obra de ocho siglos (pues mas de 800 años han empleado en formarse las lenguas modernas), no fué para permitir su inmediata destrucción en el tiempo; ni cabe temer que desaparezcan en un cataclismo las lenguas que tienen por clave la de la esposa de Jesucristo, de esa Iglesia santa, contra la cual, escrito está, no han de prevalecer los esfuerzos insensatos del hombre, ni las potestades malignas.

¿Comprendéis ahora cuánto yeran los que niegan la utilidad, la necesidad del conocimiento del latín? ¿Comprendéis ahora cuánta es la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latín debe ser la base de la instrucción clásica de la juventud? Tanto

valdría discutir si nos conviene ó no renegar de nuestra buena madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, perder nuestro nombre, abdicar nuestras glorias, y renunciar la herencia de la filosofía mas sana, de la literatura mas preciosa. No, no cabe discusión: lo que sí importa, y urge, para lustre de las carreras y para librar de inútiles tormentos á la pobre infancia, es variar radicalmente los métodos de enseñanza, graduar los programas, y hacer resaltar por medio de la lógica las naturales conexiones del latín con los idiomas modernos, y las no menos marcadas que estos guardan entre sí, como que no son mas que grandes dialectos del latín, que han recibido su carácter específico de la topografía, del clima, de los antecedentes históricos respectivos, y de algunas circunstancias accidentales.

— Falta averiguar ahora cómo se formaron el castellano y demás romances. ¿Son estos una *corrupción* positiva del latín escrito, ó una natural *evolución* y desarrollo del latín vulgar?

Infundada es, á mi entender, la creencia de que el lento trabajo de la transformación del latín fué una obra tumultuosa en la cual intervinieron tan solo el capricho y la barbarie. La palabra *corrupción*, que suele emplearse, no es la mas adecuada: dígame *descomposición*, y habrá mayor exactitud en el lenguaje. La transformación del latín no puede calificarse de *corrupción* sino en el sentido en que por nuestros limitados alcances llamamos *trastornos* de la naturaleza al cumplimiento de leyes físicas indeclinables y para nosotros desconocidas. Las formaciones lingüísticas se asemejan por diversos conceptos á las formaciones geológicas; y cuando obran causas constantes de descomposición y de recomposición, no cabe decir que haya capricho ni barbarie, porque, bien mirado, eso que se llama bárbaro, esa acometida popular de las provincias que recibió el latín de la metrópoli, ese *romance* que hoy se lee con la risa en los labios y se califica de jergonza, se construyó por leyes providenciales, con un instinto gramatical admirable, y siguiendo analogías que suponen mucha sagacidad.

El castellano y los demás romances se han formado sufriendo desde su origen hasta el día una verdadera *evolución*; pero no me atrevo á afirmar tan rotundamente como lo hacen algunos filólogos contemporáneos, que aquella evolución fuese solo el desenvolvimiento natural de los gérmenes analíticos que despuntaban ya en el latín de los últimos períodos, ni que los romances sean el mismo latín con los neologismos que hacia indispensables el estado de los tiempos. El latín se hubiera sin duda transformado por la reacción de los elementos que envolvía en su seno, aun cuando no hubiese caído el imperio romano, aun cuando no hubiese sobrevenido la intervención de los invasores del Norte. El principal fenómeno que aparece en la transformación de las lenguas, en la edad histórica, es, en efecto, el movimiento progresivo que las lleva de la juventud á la edad viril, de la imaginación á la claridad, de la síntesis al análisis, de la cantidad á la acentuación. Contrapuesta á nuestros procedimientos lógicos, la naturaleza hace preceder el análisis por una síntesis confusa: en el período de espontaneidad, el juicio se manifiesta antes que la idea aislada, la proposición antes que sus términos, la frase antes que la palabra, la oración antes que sus partes. A toda lengua antigua y sintética sucede un idioma vulgar que mas bien que lengua distinta, es una edad ó fase diferente de la que la ha precedido, y que separando lo que la primera juntaba, atropellando sus mecanismos para dar á cada idea y á cada relación su signo aislado, corresponde á un progreso de análisis y á una necesidad cada vez mas imperiosa de pronta comprensión. Indudablemente pues el latín clásico, que se iba extinguiendo, hubiera cedido su puesto al latín vulgar, que se iba perfeccionando; pero indudablemente también la transformación habría seguido otro rumbo, si otras, y no las que median y sabemos por la historia, hubiesen sido las circunstancias.

Cierto autor moderno (Müller), desentendiéndose así de la hipótesis de la *corrupción*, como de la teoría de la *evolución*, asienta categóricamente que las lenguas románicas son el latín mismo, pero modificado por los germanos invasores, y no por los pueblos romanos conquistados. « Los romances (dice) son el latín recogido de la boca romana y pasado á la boca germánica, en la cual adquirió su desenvolvimiento. » Este aserto me parece aventurado: considerable fué la influencia de la invasión setentrional, pero no tanto que induzca al extremo de admitir que los romances son el latín hablado por los germanos. Desde luego hay que notar que estos eran los menos, pues no quedando, como no quedó, despoblada la Germania, no podía desprenderse de masas de hombres mas numerosas que las que habitaban las Galias, la Italia y la España. A ser mas en número, de seguro no se hubieran tomado la molestia de aprender bien ó mal el latín, sino que habrían impuesto su idioma, y la lengua indígena se hubiera extinguido, como se extinguió en las orillas del Rhin y en una parte de la Bélgica, donde la población germana prevaleció en número, y como se extinguió en Inglaterra, donde los anglos y los sajones proscribieron á la vez el latín de las colonias romanas y el céltico de la mayor parte del país. — Además, la sintaxis de los romances, segun apunté al principio, es casi latina y no germana; y por último, si fuese exacta la opinión de Müller, el influjo del elemento invasor descolaría principalmente en los orígenes, en la cuna de la formación, lo cual desmienten los textos, pues cuanto mas antiguos

son los documentos y diplomas, revelan un carácter mas latino.

Confesemos, no obstante, que la transformación del latín se encontró en el siglo V con una influencia inesperada. Tuvo que librar batalla al idioma germánico; y si bien el campo quedó por él, recibió sin embargo no pocas heridas, cuyas cicatrices se descubren aun en los romances, aunque en ellos domine la tradición latina. El castellano, especialmente, ya por el contacto directo de los españoles con los godos en los siglos V, VI y VII, ya por la influencia indirecta de los francos en el siglo XI, ya por la del alemán moderno en el siglo XVI, no es el que menos se resiente de esta agresión germánica. Además de la parte de su vocabulario que ya directamente, ya por el intermedio del latín, introdujo el germano, á él debemos que prevaleciesen tales ó cuales voces latinas, con tal ó cual acepción, y quedarán arrinconadas otras. ¿Porqué se romancearon *focus* y *laxus*, *batuere* y *lavare*, verbi gracia, por *fuego* y *lavo*, *batir* y *lavar*, *dejar*, etc., y no *ignis* y *segnis*, *sinere* y *pugnare*? Porque estos nombres y verbos carecían de análogos literales en germánico, y aquellos los tenían. El germánico hizo que *costa* (costilla) tomase la acepción de *costa* ó *ribera*; igual procedencia tuvo el formar del latín *manus* el romance *manera*; de origen tudesco es la aspiración de *ahullar* y otras varias palabras que ya la han perdido; é inoculación germánica, por último, es la frecuente conversión de la *v* latina en *g*, conversión que hizo *gastar* de *vestare* y *sargento* de *serviens*, lo mismo que mas directamente hizo *garante* y *Guillermo* de *warrant* y *Wilhelm*.

Mas á pesar de esta lucha, el latín y los romances siguieron caminando paralelamente, el uno hácia el desuso, y los otros hácia su establecimiento y consolidación, hasta que llegó un día en que nadie habló el latín, y todo el mundo se expresó en romance. Este doble y trascendental acontecimiento se consumó hácia el siglo X, recorriéndose así el período mas importante de la formación del neo-latín.

Ocioso sería descender ahora á detallar el mecanismo de la formación gradual del romance. Vosotros conocéis perfectamente la delicada y fecunda elaboración de los sonidos producidos por la laringe humana para transformarse en *palabras*, que vale tanto como decir en *ideas expresadas*: vosotros sabéis mejor que yo las leyes y los efectos de la permutación, trasposición, añadidura (*prótesis*, *epéntesis* y *paragoge*) y supresión (*aféresis*, *sincope* y *apocope*) de las letras, al pasar los vocablos de un idioma á otro; y fuera desconocer lo que va de la tribuna académica á la silla profesoral, dar aquí una especie de curso de fonética, y explicar didácticamente el cómo *auró*, *humilis*, *insula*, *lacte*, *planctu*, *solido* ó *vidua*, por ejemplo, se romancearon en *oro*, *humilde*, *isla*, *leche*, *llanto*, *suelto* ó *viuda*. ¿Qué podría decir de nuevo tampoco sobre los efectos del *acento tónico*, la *cantidad* y la *aspiración*, elementos que tanto papel representaron en el mecanismo de la transformación? ¿Quién no se ha complacido en examinar la maravillosa transición del significado de las palabras en todas las lenguas, por efecto de los tropos, expresión pintoresca de la natural y necesaria asociación de las ideas en nuestra mente? ¿A quién se ocultan los ingeniosos procedimientos de la *composición* y de la *derivación*, para connotar mil relaciones ó modificaciones diversas, mil ideas accesorias, sin alterar el fondo radical de la palabra?.. Claro es, por lo tanto, que todas las leyes constantes de la fonética, todas las aparentes anomalías de la enfiñación y del uso, todos los procedimientos lexicográficos y gramaticales, tuvieron su correspondiente aplicación durante el largo y trabajado período de la formación material y sucesiva del romance. Así corrió el castellano desde la casi ininteligible é ingrata prosa del Fuero de Avilés, hasta la clarísima y melodiosa del *Quijote*; así fué pasando desde los endebles versos del *roman paladino* de Berceo, hasta el robusto endecasílabo de Fernando de Herrera, de Cienfuegos y de Quintana.

— La historia de la formación del castellano necesita completarse también por el estudio de varias cuestiones accesorias. La hipótesis de Raynouard, que supone un *románico* primitivo, de transición, un primer romance del cual se formaron los demás, es insostenible, á pesar de los ingeniosos argumentos que supo aducir su laboriosísimo autor: entre los romances no hay *fraternidad*, sino *fraternidad*: su formación fué contemporánea. Mas aun así se hace indispensable establecer una especie de cronología, un árbol de progresiva ramificación, una escala de cultura comparativa. ¿Qué lugar ocupa en esta escala el castellano? ¿Era éste en su cuna lo mismo que son hoy el asturiano y el gallego? ¿Cuáles fueron las causas que determinaron la estancación de estos y el desenvolvimiento de aquel? ¿Cuál fué la positiva influencia del idioma y literatura de los trovadores de Provenza y Cataluña en la lengua castellana? ¿Hubo verdadera lucha entre las dos lenguas que simbolizaban la nacionalidad de Isabel de Castilla y la de Fernando de Aragón? ¿Prevaleció el castellano como idioma nacional de las dos Coronas unidas, en fuerza de las circunstancias históricas y políticas, ó por virtud intrínseca de su constitución orgánica? ¿Qué particularidades distinguen el castellano central del castellano periférico, y sobre todo, de los romances de Aragón y de Navarra? ¿De dónde provienen sus diferencias?... Cada una de estas y cien otras cuestiones análogas, enlazadas todas con la historia y con el minucioso examen gramatical y crítico de los pocos monumentos escritos que poseemos, demanda para su cabal dilucidación un curso entero, y no un sucinto discurso.



Sobrado largo ha sido el mío, y harto he abusado ya de vuestra benévola atención. Hagamos punto pues y terminemos diciendo, por lo que favorece á mi tesis, que en los siglos XV, XVI y XVII, restaurados los buenos estudios, recibió el castellano un fuerte barniz de latin y una ornamentación la mas propia y digna de su claro origen. Ya le tenemos pues definitivamente constituido, tan sabroso y dulce como en tiempo de Alfonso el Sabio, tan majestuoso como en tiempo de Carlos I, tanto y mas pulido, tanto y mas rico, que en el reinado de su hijo Felipe II. Mas ¿qué podría yo pregonar de las excelencias del castellano ante un auditorio compuesto todo de personas que tan magistralmente le manejan, ora en rotunda prosa, ora en cadencioso metro? ¿Qué me resta decir ante la ilustre Academia que siglo y medio há tiene á su cargo componer y perfeccionar el primer libro de la nacion, como llama Voltaire al Diccionario de la lengua de un pueblo? Nada mas que reiterar las gracias á sus individuos por haberme considerado digno de pertenecer á tan noble cuerpo, y asegurarme de nuevo aquí, al asociarme hoy á sus tareas, que pondré cuanto de mí dependa para corresponder á tan insigne honra. ¡Así me otorgue Dios acierto en la empresa, como me ha concedido valor para acometerla, y energía de voluntad suficiente para no desmayar hasta llevarla á feliz remate!

DISCURSO DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EN CONTESTACION AL PRECEDENTE.

Señores:

Acabais de oír un discurso luminoso en doctrina, limado en la frase, útil por el objeto, digno, en fin, de la privilegiada pluma que igualmente hábil para las ciencias y las letras humanas, produjo desde 1847 á 1856 cuatro notabilísimas obras: los *Elementos de higiene privada*, los *Elementos de higiene pública*, el *Libro de los casados*, y un *Diccionario etimológico* de nuestra lengua. El señor don Pedro Felipe Monlau, doctor en medicina y cirugía por el real colegio de Barcelona, catedrático de psicología y lógica muchos años en el instituto de San Isidro, agregado á la universidad central del reino, y actualmente profesor de latin de la media edad en la escuela superior de diplomática, poco há establecida, se consagró con ardor al estudio muy desde joven, aprendiendo solícito para enseñar despues con provecho y con fama. Celoso alumno del anciano de Cos, también coronó de flores los altares de Urania y Talia; la prensa política y literaria le debe muchos y preciosos artículos; y la real Academia española le recibe hoy con la estimación que al sabio se debe, siguiendo la juiciosa máxima del filósofo que al trazar el círculo de los conocimientos humanos, colocó á las letras al rededor, y á la ciencia en medio.

El discurso del señor Monlau, ceñido al tiempo de que nos es lícito disponer en este acto, el cual no debe pasar de solemne á prolijo, deja lugar á citas, por lo vasto de la materia, que justifiquen los principios ciertos en que el autor se funda, los hechos importantes que expone, las deducciones ingeniosas á que nos guía. Mírense pues las breves páginas que tendré la honra de leer á tan respetable concurso, como una serie de observaciones sueltas, agregada por apéndice á un escrito cuya lógica trabazon resistia dentro las digresiones, y fuera las admite.

Tres siglos, ya largamente cumplidos, há que en un delicioso diálogo de pastores introdujo un poeta insigne esta linda octava:

¿Ves el furor del animoso viento,  
Embravecido en la fragosa sierra,  
Que los antiguos robles ciento á ciento  
Y los pinos alísimos atierra,  
Y de tanto destrozo aun no contento,  
Al espantoso mar mueve la guerra?  
Pequeña es esta furia, comparada  
A la de Filis con Alcino airada.

Así escribía Garcilaso de la Vega, que á los treinta y tres años de edad falleció en el de mil quinientos y treinta y seis. El idioma castellano que en el siglo XVII corria, el lenguaje de Garcilaso al menos, era en general el de hoy; ó diciéndolo en términos mas exactos, hoy todavía entendemos á Garcilaso como si hubiera vivido en la edad presente: su habla todavía luce juventud y hermosura. Felicitemos al cisne de Toledo, y subamos el escalon de un siglo, para oír los graves acentos de Inigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana:

Non te plegan altiveces  
Indebidas,  
Como sean abatidas  
Muchas veces.  
Ni digo que te arrafeces  
Por tal via,  
Que seas en compañía  
De soeces.

Aquí voces y frases aparecen ya algo rancias para nosotros: entenderíase la copla mejor si, á costa de la expresion y la consonancia, la modernizáramos de este modo:

No te plazcan altiveces  
Indebidas,  
Porque se ven abatidas  
Muchas veces.  
Ni digo que te avillanes  
En tal grado,  
Que andes siempre acompañado  
De truhanes.

(Se continuará.)

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

**DRAWBACK:** — Vamos á dar una breve explicación de este instrumento de los cambios, del cual se sirven con tanto éxito en el extranjero.

Drawback, del inglés *draw* sacar *back* atrás, es una palabra que sirve para designar el reembolso hecho á la salida de ciertos productos fabricados de una suma equivalente al derecho de entrada que pagó bajo la forma de primera materia, el producto que se exporta.

Colocando al fabricante nacional respecto del extranjero en la posición en que se hallaría si hubiese empleado materias libres de todo derecho de entrada, el drawback tiene por objeto el suministrar á diversos ramos de la industria que necesitan para sus fabricaciones materias extranjeras gravadas por lo comun con derechos de entrada bastante elevados, los medios de sostener la concurrencia en los mercados del exterior; neutraliza, en una palabra, para la renta en el exterior el efecto de los impuestos de entrada sobre las primeras materias, impuestos que no han sido establecidos sino en vista del consumo interior.

El beneficio de la restitución tiene por base un rendimiento legal y está subordinado generalmente á la justificación del pago de los derechos de entrada por lo que representen los recibos; esto es lo que constituye el carácter particular del drawback propiamente dicho. Los productos generalmente admisibles al drawback, donde se halla establecido, son: los azúcares refinados, el azufre, carnes y mantecas saladas, sal amoniaco, plomo, cobre y laton, pieles, etc.

En este lugar nos limitaremos á exponer sumariamente las razones que se han alegado en pro y en contra del sistema de drawback.

Para justificarle se ha dicho que era necesario á la prosperidad de la industria nacional, que procuraba beneficios de mano de obra, que ofrecia al comercio un medio de cambio fructuoso, tanto con los países productores como con los países consumidores, y aseguraba á la marina nacional nuevos elementos de flete. Se dice también que conviene tener en cuenta las condiciones de las industrias similares en otros países, y que para hacer posible la concurrencia en el extranjero, importa igualar, cuando hay lugar á ello, las ventajas por medio de estímulos especiales.

Es indisputable que el drawback favorece á algunos grupos de intereses, y seria imposible suprimirle donde existe, sin lastimar las industrias que bajo sus auspicios han crecido. Mas considerando la cuestion bajo el punto de vista del interés general, no es posible dejar de reconocer que semejante sistema ofrece inconvenientes positivos para el consumo interior del país y para el tesoro mismo. Citaremos el ejemplo de Francia en donde el drawback restituye á la exportación de una cantidad de 75 ó 78 kilogramos de azúcar refinado (según las calidades) una suma igual al derecho de entrada pagado por cien kilogramos de azúcar bruto. Es notorio que á consecuencia de los perfeccionamientos introducidos en la fabricación, el producto legal de 75 ó 78 kilogramos es inferior al verdadero; de manera que gracias al drawback, queda en el interior una cantidad de azúcar que se libra del impuesto: de aquí una pérdida para el tesoro, pérdida que puede valuarse anualmente solo por los azúcares en 500,000 francos. Por otra parte, alentando así la exportación, el drawback tiene por resultado el favorecer en ciertas circunstancias el encarecimiento de la mercancía en el interior y arrebatar preciosos recursos al consumo, que de todos modos soporta ya sin compensación los efectos de la tarifa de entrada sobre las primeras materias.

Los adversarios mas moderados del sistema actual, han reclamado que la suma devuelta á la salida fuese siempre equivalente al derecho pagado á la entrada, y que el estímulo se reglase de manera que no diese lugar á mas ventajas. Pero esta modificación dejaría subsistentes los mismos inconvenientes, pues siempre habria interés en la exportación, y la especulación á que da origen el drawback no se evitaria. La economía política aconseja mas bien una buena combinación de tarifas, que al mismo tiempo que tenga en cuenta, de una manera conveniente los intereses creados por la ley, en los países donde el drawback exista, haga prevalecer el interés general sobre los intereses secundarios comprometidos en la cuestion.

— **SITUACION DE LAS MANUFACTURAS DEL REINO UNIDO EN 1850 Y EN 1856:** — Desde 1850 á 1856 ha habido un aumento muy considerable en el número y material de los establecimientos manufactureros del Reino Unido.

En 1850 no se contaban mas que 4,600; en 1856 existían 5,117; aumento, 517; y es de notar que este progreso se ha verificado especialmente en la industria de la seda: de 277 las fábricas de sedería, han subido á 460; aumento, 183.

A una observación semejante da lugar el número de cardas, de las fuerzas motoras, de los obreros, y también el valor total de la exportación de los productos (hilos y tejidos), la cual en estos seis años ha subido desde 1,108,000,000 de francos á 1,498 ó sea un aumento de 400 millones próximamente. También hay que observar que la fabricación de sederías es la que proporcionalmente ha extendido mas su mercado (desde 31,000,000 de frs. á 74); pero la industria del algodón que figura constantemente á la cabeza de las manufacturas inglesas se ha desarrollado también mucho: su cifra de exportación ha subido desde 706,000,000 á 957, ó sea un aumento de cerca de 36 por 100, y el número de husos que ponía en movimiento, ha subido desde 20,977,000 á mas de 28,000,000; aumento 33 por 100.

Para precisar mejor la situación de la industria inglesa, examinaremos sucesivamente cada uno de sus ramos en 1856.

I. **Industria algodonera.** — Inglaterra ha consumido en 1856 400 millones de kilogramos de algodón, los cuales han pro-

ducido en la filatura 361 millones de kilogramos de hilados.

Esta cantidad total de algodón ha sido trabajada por 2,210 establecimientos manufactureros (filatura y tejidos) empleando 28,010,217 brochas, 298,847 telares mecánicos, hidráulicos ó de vapor (estos últimos contaban una fuerza de 81,244 caballos de vapor) y 379,213 obreros, de los cuales 233,017 se ocupaban en la filatura y 146,196 en el tejido.

La producción de estas fuerzas obreras daba como hemos dicho 361 millones de kilogramos de hilo, de los cuales se exportaban 85 millones.

Quedaban pues para el consumo de las fábricas 276 millones de kilogramos de hilados.

En tejidos de algodón de todas clases, la producción era pues de 276 millones de kilogramos, de los cuales se exportaban 184, y 92 entraban en el consumo interior.

Del total de los tejidos exportados, 2/3 son blancos y crudos, 1/3 impreso y teñido.

Los tejidos exportados están en la proporción de 1/3 mas baratos que los consumidos en el interior.

En valor la exportación de hilos y tejidos de algodón inglés alcanzaba en 1856 la suma de 957 millones de francos, de los cuales 201 corresponden á los hilados y 756 á los tejidos.

II. **Industria lanera.** — En 1856 producía Inglaterra 68 millones de kilogramos de lana é importaba 51 millones. Total 119 millones.

Pero de esta cantidad exportaba 19 millones de kilogramos de lanas brutas y 12 millones de hiladas.

Lo que dejaba para el consumo de sus fábricas así en lanas brutas como en hiladas, un total de 88 millones de kilogramos.

Contábanse en Inglaterra 1,505 fábricas de lana cardada y 525 de lana peinada. Total, 2,030. Upas con otras empleaban 3,111,521 brochas, 53,409 telares mecánicos y 166,885 obreros.

La fabricación de tejidos de lana de fabricación inglesa se elevaba en 1856 á 238 millones de francos. La de los hilados la aumentaba en 72 millones. Total, 310 millones.

III. **Industria linera.** — Inglaterra ha producido en 1856, 33,762,000 kilogramos de lino y de cáñamo. La importación añadió á esta cantidad 164,016,000 kilogramos. Total, ciento noventa y siete millones setecientos setenta y ocho mil kilogramos. Sobre este total se exportaban en hilados 11,373,000 kilogramos, lo que dejaba para el consumo de las fábricas 186,456,000 kilogramos.

El número de las fábricas de tela era de 417, el de los telares mecánicos 7,689 y el de los obreros 80,262.

El valor de los hilos y tejidos de lino ingleses exportados se elevó en 1856 á 157,000,000 de francos, de los cuales 34 en hilados.

IV. **Industria de la seda.** — En 1856 se importaban 4,644,000 kilogramos de seda, así bruta como molinada. De esta cantidad se exportaban 1,462,000 kilogramos. Lo que dejaba para el consumo de las fábricas 3,182,000 kilogramos.

Esta cantidad era trabajada por 460 manufactureros que empleaban:

Telares mecánicos.....	9,260
Obreros.....	56,137

El valor de las sederías inglesas exportadas se elevó en 1856 á 74,000,000 de francos.

**Industria minera.** — El valor total de los minerales extraídos del suelo de Inglaterra en 1856, puede ser valuado como sigue, conforme al precio de las materias á la boca de la mina.

1856	francos.
Mineral de estaño.....	16,596,250
— de cobre.....	58,589,000
— de plomo.....	35,787,725
— de zinc.....	686,375
— de hierro.....	142,395,375
Pyritas de hierro.....	1,151,650
Arsénico.....	47,775
Hulla.....	416,596,550
Sal.....	13,849,825
Barytes y otros minerales.	250,000
Tierras á porcelana.....	3,022,000
Piedra de construcción....	76,061,950
Total.....	765,048,050
Producción de la hulla.	Toneladas.
En 1854.....	64,661,401
1855.....	64,453,070
1856.....	66,645,450

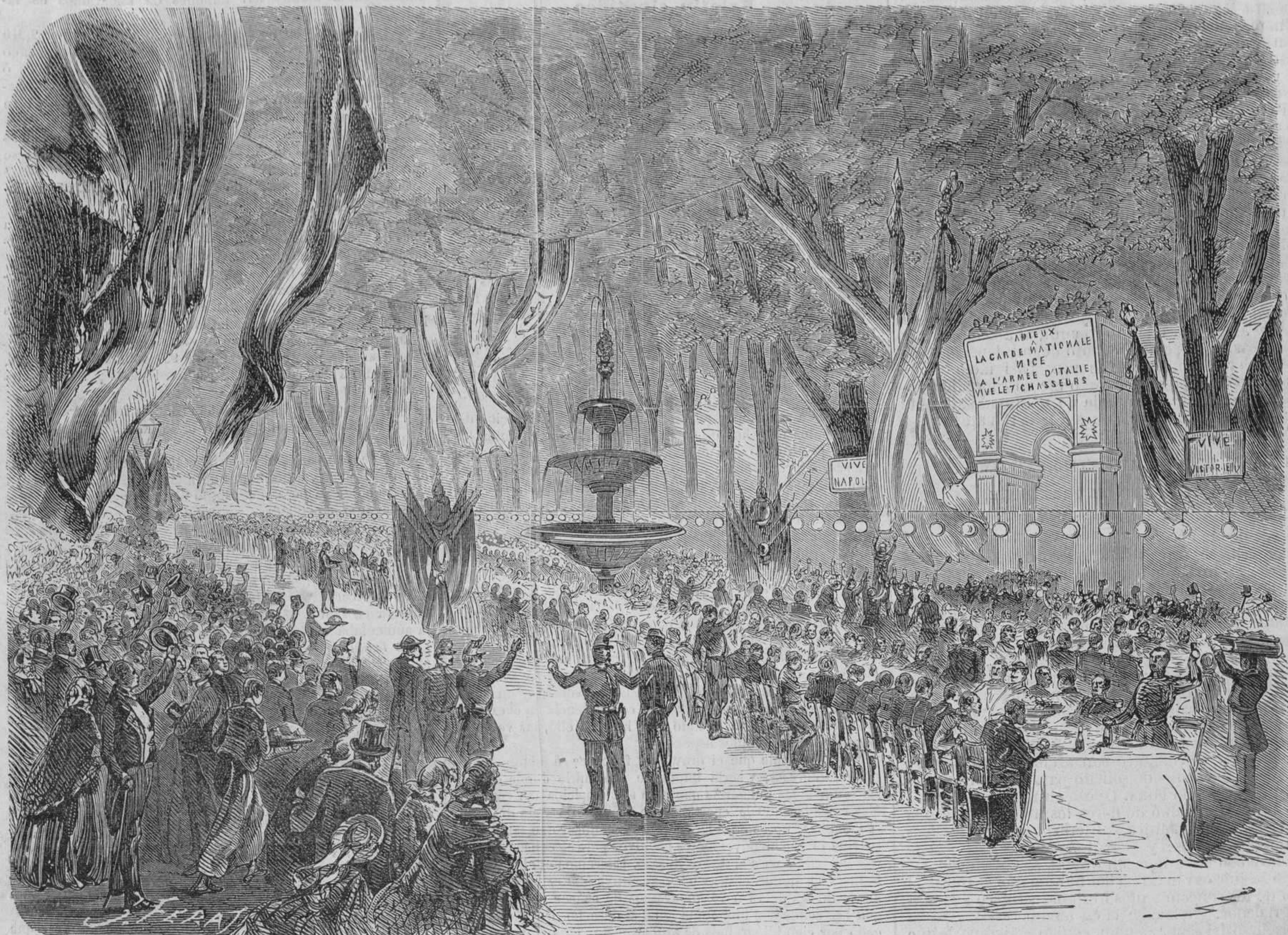
El número total de hulleras en actividad en el Reino Unido es de 2,829.

— **EMIGRACION EN 1858:** — El ministro del Interior, de Francia, acaba de publicar un documento importante, el informe presentado por el jefe de la sección de seguridad pública sobre el servicio de la emigración en 1858. Hé aquí lo que resulta de los documentos oficiales.

En 1858 la emigración francesa ha alcanzado un total de 13,813 individuos, de los cuales 9,004 se han dirigido al extranjero, y 4,809 á Argelia. En 1857 hubo 18,809 emigrantes. Ha habido pues en el año último una disminución de 4,926 individuos. Si esta disminución no es bastante considerable respecto de las desventajas que la emigración hace sufrir á la agricultura, es ya sin embargo un progreso sensible esta diferencia de mas de una tercera parte.

Al lado de la emigración francesa está la emigración extranjera, cuyo movimiento importa conocer. Tratándose de los emigrantes que han atravesado la Francia, se han contado en 1858, 11,110 individuos procedentes del ducado de Baden, de la Suiza, Baviera, Wurtemberg, Hesse, Luxemburgo, Prusia y Austria. A esta cifra hay que añadir 5,000 emigrantes próximamente, que han partido sobre navíos que transporta-





BANQUETE DE DESPEDIDA DADO POR LA GUARDIA NACIONAL DE NIZA AL 7º DE CAZADORES FRANCESES, EL 4º DE SETIEMBRE DE 1859.

han menos de 40 personas, y que por consiguiente no estaban sujetos á la policia de emigracion: con lo cual sube el total á 16,000. Esto es poco y es mucho; poco, si se compara esta sola cifra con el total dado en 1857, en que se contaron mas de 26,000 emigrantes; pero es mucho, si á este total averiguado para Francia solamente, se añaden las cifras dadas por los pasajeros que toman a via de Inglaterra. Recordemos tambien que la crisis industrial y mercantil que ha influido en la emigracion francesa no ha dejado de influir en la emigracion alemana, y que la estadística oficial de este año no podria servir de término exacto de comparacion.

En cuanto al paso de los emigrantes alemanes por Inglaterra, no tenemos ningun dato cierto para establecerle en este mismo año de 1858.

Pero formaremos una idea de lo que ha sido por las cifras recogidas en 1854 en los puertos ingleses: solo el puerto de Liverpool ha visto partir 45,627 extranjeros para los Estados Unidos, Australia, el Canadá ó las Indias. A esto hay que añadir el total de 1854 en los puertos alemanes de Hamburgo y Brema y en el de Amberes, ó sea 133,539, y tendremos en junto el movimiento de la emigracion alemana que desde 1846 á 1852 habia sido de 100,000 individuos, término medio por año.

Respecto de la emigracion inglesa solo tenemos que citar cifras. Este movimiento en la Gran Bretaña está ligado á hechos y circunstancias bien conocidas. Desde hace medio siglo la Gran Bretaña ha suministrado á la emigracion un tributo de 3 000,000 de individuos. Por Liverpool es por donde corre principalmente la ola de los emigrantes; y en 1854 indica la estadística que se embarcaron en este puerto 108,828 irlandeses, 42,322 ingleses y 13,965 escoceses. Pero los agentes del gobierno inglés no llevan registro sino de los individuos trasportados á bordo de los navios llamados de emigrantes; deberiamos pues añadir todavia el número de pasajeros embarcados en los paquebots y en los

buques de comercio. En 1857 este número se elevó por lo menos á 20,000.

### Los franceses en Niza.

Los soldados franceses que regresan á Francia por Niza son recibidos con la mayor cordialidad por los habitantes del país. Les salen al encuentro á larga distancia de la poblacion para ofrecerles flores, frutas y coronas de laurel; y el comandante de la guardia nacional y el síndico del ayuntamiento dirigen á cada regimiento un discurso.

Esta es la parte oficial de la fiesta; pero lo mas inte-

resante es que los vecinos de la ciudad, los mercaderes y los obreros se apoderan cada uno de un soldado, le llevan á su casa, le alojan, le alimentan, le pasean y le festejan durante treinta horas.

Además se abren suscripciones, y con el producto de ellas se ponen mesas en las calles para los vencedores de Magenta y Solferino.

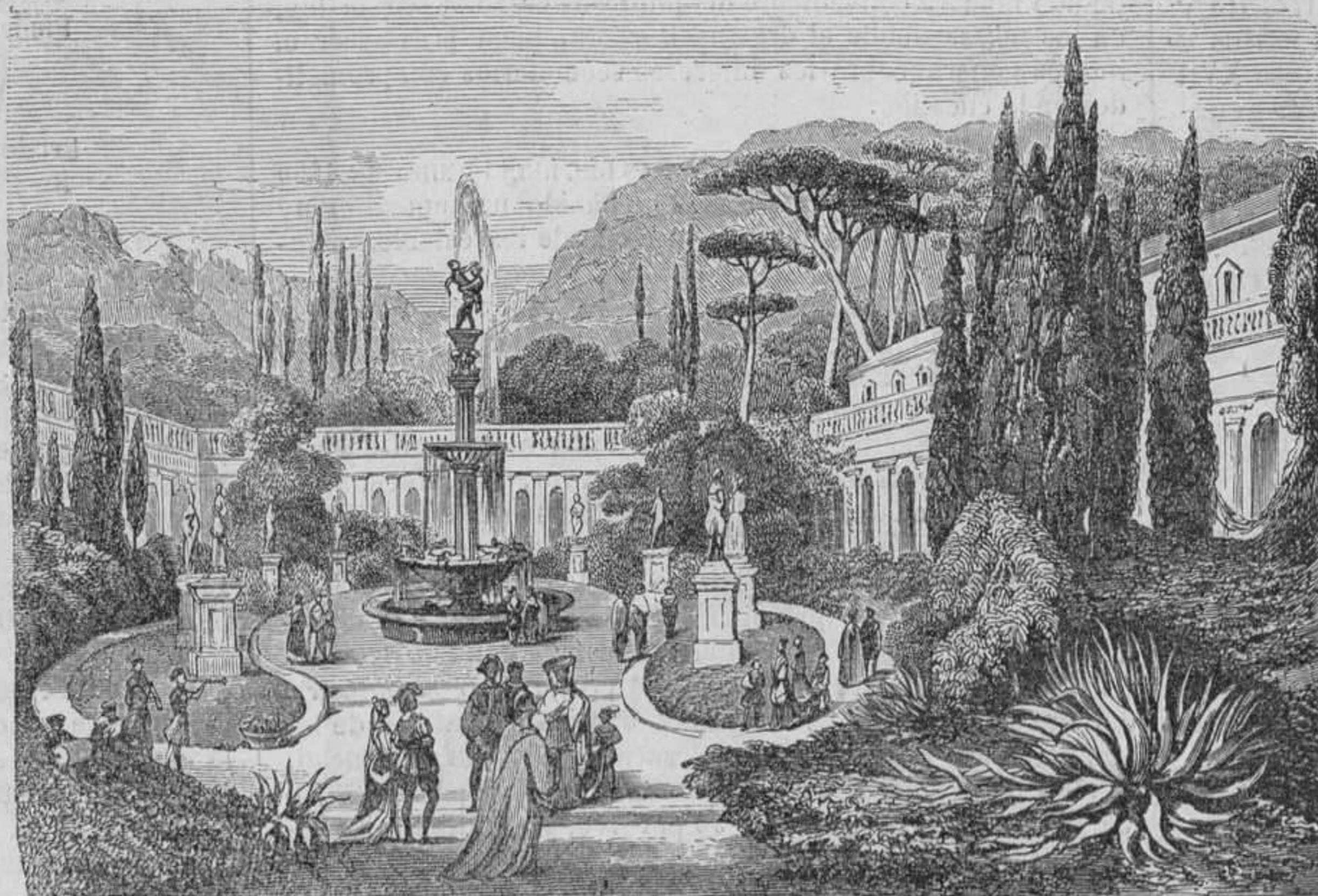
Estos banquetes tienen lugar á la caída de la tarde en tres ó cuatro puntos de la ciudad, y se prolongan durante una parte de la noche.

Se brinda á la Italia y á la Francia; los italianos hacen discursos, y los franceses entonan canciones.

Cuando á la siguiente mañana sale el regimiento, todos los amigos de la víspera le acompañan, y preciso es que cada hombre antes de marchar tome una copita de aguardiente.

Al fin los soldados se ponen en camino, pasan el puente del Var, ya están en Francia, donde otras fiestas y otros arcos de triunfo esperan á los vencedores.

A. K.



LA VILLA DE CASTELLO, CERCA DE FLORENCIA.

### La villa de Castello cerca de Florencia.

Entre las villas ó casas de recreo mas famosas de Italia se distingue la de Castello situada cerca de Florencia. El edificio es un palacio con santuosos aposentos en los que abundan las obras de arte. Sus jardines donde se ostenta en todo su esplendor la rica vegetacion italiana, están poblados de estatuas bellisimas, tienen fuentes, estanques y ocupan una gran extension, en cuya lontananza se destacan las masas de los Apeninos. El dibujo que damos aquí de esta célebre villa, demuestra aunque en pequeño el gusto artistico con que los italianos saben adornar esas suntuosas viviendas de verano.